

EGOENCIA

*las aguas bajan de la montaña
el fuego arde en el hogar.*

EGOENCIA

Fuga de acordes en busca del A-corde.....	3
¿Es posible dar nombre a lo que aún no tiene nombre?.....	4
Egoencia: palabra intraducible.....	5
La noche cósmica irrumpe como mensaje secreto en el corazón.....	7
La sombra del antiguo eón oculta la luz que ingresa.....	8
"Estaba en el mudo...pero el mundo no lo conoció".....	10
De la Academia filosófica griega al Círculo hermético de la ciencia moderna.....	12
La mirada del universo curva los caminos del hombre.....	14
<i>Resonantia-Verbum</i>	16
Redescubrimiento del lugar sagrado en el espacio del mundo.....	18
Transfiguración orgánica de los símbolos de poder.....	20
De la antropología filosófica a la egoencia del Ser.....	22
Giro en el manejo de la fuerza: por principio de acción interior.....	24
Ascensión de la humanidad en Cuerpo.....	26
Egoencia como función: punto cero en la Galaxia Humana en In-plosión.....	28
De la angustia existencial a la mística del Corazón.....	30
Al rescate de la “piedra” que desecharon los constructores.....	32
Ya no tenemos más tiempo.....	34
El ritmo intrínseco de la Ley marca el orden sagrado del mundo.....	36
De la filosofía política a la Gen-ética social.....	37
El advenimiento de lo sagrado irrumpe hoy en el mundo del hombre bajo el velo del sentido trágico de la historia.....	39
Gen-ética Social: Funciones, Oficios, Herramientas.....	41
Dimensión social del <i>Mysterium Participationis</i>	44
Salto Gen-ético por Reversibilidad de Valores.....	46
Renunciamento: palabra de pase que marca el sentido de la Obra.....	49
Fin del aislamiento cósmico del hombre.....	52
<i>Initium ad inferus</i>	56
Egoencia.....	59
Egoencia-función.....	60
Egoencia-método.....	63
Egoencia-testimonio.....	66
Bibliografía citada.....	71

Fuga de acordes en busca del A-corde

Participación, Reversibilidad, Renunciamiento,
tres palabras precursoras en la Obra de Re-construcción
del Templo.

Funciones de resonancia cósmica en el tejido orgánico
de la Vida.

Egoencia del Ser: clave *gen-ética* en el camino
del Hombre.

Ascensión de la humanidad en Cuerpo:
transfiguración social del Verbo.

¿Es posible dar nombre a lo que aún no tiene nombre?

Enfrentamos una catástrofe cosmogónica.
No luchan sólo los hombres, también los dioses...
y los elementos.
Se ha derrumbado la imagen del mundo.
¡Buscamos nuestro propio nombre, antes de nacer!

Pre-sentimos una morada que no existe.

...no había aún arbusto alguno en el campo, ni germinaba la tierra hierbas, por no haber todavía llovido Dios sobre la tierra, ni haber todavía hombre que la labrase, ni vapor acuoso que subiera de la tierra para regar toda la superficie cultivada. (Gen. 2:5,6)

Es inútil querer comprender el mundo de hoy en función de la filosofía de la historia, sistemas de valores, teoría de la ciencia... ¡Hemos sido golpeados por Apolo!, como hubiera exclamado Hölderlin.

Se ha quebrado la forma.

Ruptura de simetría de la materia.

Discontinuidad del tiempo histórico.

Ha caído la Noche. Ya no somos los mismos. Hemos dejado de comprender el mundo: fin de las interpretaciones. Pero antes del amanecer, vislumbramos en el horizonte

Señales A nunciadoras.

Egoencia: palabra intraducible

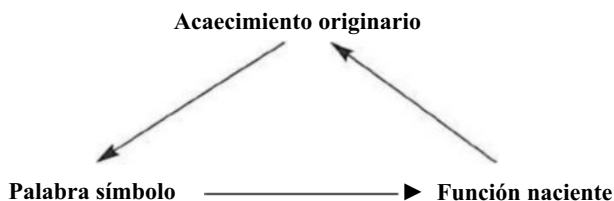
Voz que anuncia el fin del cautiverio.

Todos los grandes libertadores desgarraron el velo del templo con su palabra hecha Verbo.

Egoencia es, ante todo, *acontecimiento*: acaecimiento originario.

Palabra anterior: *palabra-símbolo* que es antes que la palabra.

Fuego cósmico que activa la egoencia en cuanto *función-gen-ética*. De golpe nos encontramos ante una nueva estructura: nueva geometría de la vida.



Egoencia: la clave semántica no es la palabra como valor fundante de un nuevo sistema de valores, sino la vida naciente que se pro-nuncia a sí misma con el poder *ontofánico* de la palabra. “Jaa Torrano, en su *Teogonia*, refiriéndose al canto de las musas, dice que «este poder ontofánico de la palabra perdura todavía hoy en nuestra experiencia poética... siendo el mayor encanto de la poesía su poder de iluminar un mundo que sin ella no existiría”, afirma Roswitha Kempf.

Podríamos afirmar, para decir de alguna manera algo que se resiste a ser dicho. Que *egoencia* es una “singularidad” en la trama del tiempo. Ya en la primera edición de *Gérmenes de futuro en el hombre* (1966), al tratar de caracterizar la ruptura de simetría del mundo interior del hombre, yo hacía referencia al nuevo signo del tiempo que marcaba el inicio de la era por venir: “Si hay algo fun-

damental que percibimos en el mundo de hoy es que el reloj cósmico marca una hora diferente, y la angustia existencial del hombre moderno refleja, de algún modo, el ajuste de ritmo entre el tiempo intrínseco de la materia viva y la radiación profética que se anticipa al tiempo de la historia". Pero esto no era fácil de entender: fracasaba aquí el intento de transmisión conceptual y se abría un camino completamente nuevo: resonancia por similitud. No era cuestión de palabras, sino de expansión de conciencia: que escapaba del marco de las palabras. En agosto de 1969, como introducción a una serie de conferencias sobre la Egoencia (publicadas como "La Egoencia del Ser"), yo me presentaba al auditorio diciendo: "Debo confesarles que a pesar de haber escrito dos libros sobre el "despertar del hombre nuevo", no me resulta fácil hablar del tema. Es como si al querer comunicarme con ustedes tuviera que hacer de nuevo el esfuerzo para traducir en palabras la *vida* nueva que quiere surgir entre nosotros. Claro que me *resultaría más fácil repetir* los conceptos que yo mismo he desarrollado en mis escritos, pero, entonces, eso ya no sería una corriente de transmisión de *vida*, serían recuerdos fyádos en el tiempo. De modo que este medio *verbal* (directo) que queremos poner en juego en este instante tiene justamente la intención de que podamos "sintonizamos": resonar juntos a eso "nuevo" que quiere manifestarse entre nosotros. Tengo aquí algunas notas que me servirán de guía, pero lo fundamental no son los conceptos o las notas sino la "transmisión viva".

Introducimos el *tema* de la "egoencia" poniéndonos a la escucha de la nota vibratoria que precede a la palabra.

La noche cósmica irrumpe como mensaje secreto en el corazón

“Nota clave” de la era que se inicia, A-corde fundamental de espíritu-materia, instante de alumbramiento antes de nacer. Ésta es la hora que hoy vivimos sin comprender.

Nuestro entendimiento, nuestra sensibilidad, nuestras filosofías, nuestros modelos científicos, todas estas formas del saber y del ser han dejado de comprender el mundo; pero la parte más elevada y trascendente de nuestra alma puede operar como testigo simple de la gestación del nuevo mundo antes de nacer; el alma del hombre como testigo de alumbramiento divino en medio de la noche cósmica: “Cuando todavía Dios no había llovido sobre la tierra, ni había todavía hombre que la labrase, ni vapor acuoso que subiera de la tierra”.

Hemos rozado el umbral de un nuevo misterio: cosmogónico-histórico; el alma del hombre, la lluvia del cielo, la fuerza elemental de la tierra, entran en una nueva constelación creadora de signos: una vez más, en el huerto cerrado de la gran corriente cósmica de la vida, florecerán los lirios del valle.

Muchos tienen ojos que no ven y oídos que no oyen. No se trata de pedir la prueba; “Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creemos en Él” (Mt. 27:42). No se trata de buscar un rey que cobije nuestro sueño ni fabricar un mundo a nuestra imagen y semejanza; tampoco se trata de ser testigo de creencia, sino testigo de ser.

Testigo de ser:
clave de la egoencia del Ser.

Volvemos a tropezar con una figura intraducible del lenguaje: abandonamos aquí el terreno de la metafísica para intentar dar palabra a un nuevo *estado* de la materia.

Quizá los maestros Zen, a través de disciplinas prácticas, no buscaran otra cosa que quebrar los moldes habituales de interpretación del mundo y señalar a sus discípulos el camino de acceso a una esencia real que trasciende las formas de la mente objetiva. Si bien la egoencia no es Zen, participa con el Zen del salto abrupto de la conciencia ordinaria a la libertad originaria del espíritu.

La sombra del antiguo eón oculta la luz que ingresa

Hay exceso de información, falta ojo; los astronautas penetraron en el espacio cósmico, pero no encontraron a nadie. Dicho de otro modo: la conciencia especulativa, la conciencia crítica, todo ese aparato fisiológico-técnico de interpretación del mundo, no nos permite reconocer la sonrisa del niño antes de nacer. Cuando creíamos haber alcanzado una cumbre evolutiva, de golpe tropezamos con la crisis de nuestros propios instrumentos. ¿O es que ha nacido una nueva conciencia que aún no ha desarrollado un instrumento adecuado de expresión?

Ya por la década del 60 Jean Gebser, en su obra *Ursprung und Gegenujart* (“Origen y presente”), anunciaba el despertar de una conciencia nueva (“integral consciousness”), de alcance universal, a la que asignaba especial significación para el destino de Asia y Occidente como polos complementarios de una misma cultura global. En un trabajo publicado en la revista *Main. Currents* Gebser, refiriéndose a dicho acontecimiento, dice lo siguiente: “La originalidad de esta Conciencia Integral yace en el hecho de que de ningún modo se basa sobre el incremento del conocimiento intelectual, el cual puede ser mal comprendido o mal aplicado. La nueva conciencia no tiene nada que ver con tal conocimiento; su carácter se deriva de valores espirituales y no de valores puramente intelectuales”. Y cuando intenta precisar la forma de esta originaria constelación de conciencia, debe reconocer que “es difícil encontrar el nombre apropiado para algo nuevo”. Por la misma época (la década del 70) un pensador estadounidense de avanzada, Charles Reich, queriendo caracterizar de alguna manera la onda de expansión de conciencia joven que recorrería el mundo, la llamaría “Conciencia III”. ¿Cómo interpretaba Reich, profesor en leyes de la Universidad de Yale, el inicio de lo que él llamaba “revolución de la nueva generación”? Escuchemos al propio Reich en su *The Greening of América*: “Comenzando con unos pocos individuos a mediados de los 60 y reuniendo un número cada vez mayor a continuación, la Conciencia III ha brotado, sorprendente y milagrosamente, del duro suelo del «Estado Corporativo» americano (Conciencia II). Tan espontánea fue su aparición que nadie, ni siquiera el más astuto o el más radical, presintió lo que estaba llegando o lo reconoció en el momento en que llegó. No es de extrañar que mucha gente pensara en una conspiración, puesto que se expandía, aquí y en el extranjero, por medios invisibles. Ni mucho menos nadie de la antigua genera-

ción, el FB1 o los sociólogos, conocen demasiado acerca de ello, puesto que su lenguaje y pensamiento son tan diferentes de la Conciencia II hasta hacerlos un indescifrable código secreto. La Conciencia III es, como este escrito, el mayor secreto en América, aunque sus miembros hayan gritado tan fuerte como han podido para hacerse oír".

"Aperspectiva" (Gebser), "Conciencia III" (Charles Reich), "Kehre" (torna), "Ereignis" (acontecimiento propicio) -en términos de Heidegger-; lo importante no son las palabras, sino el hecho; se trata de dar voz a una *singularidad*: acontecimiento más interior que exterior y que trasciende los marcos psicológicos, metafísicos y sociales de interpretación de dicha singularidad. Pero ¿qué es una "singularidad"? Volvemos a tropezar con las limitaciones del lenguaje. Los cosmólogos nos dicen que singularidad es un "punto" en el centro del horizonte de sucesos donde todas las leyes de la física se desploman, incluso el espacio-tiempo. En física subatómica tal "punto" o "estado singular" es de dimensión despreciable frente a la energía que permite liberar, y los propios físicos, queriendo explicar por analogía su inmensa potencialidad, dicen: "Una sola palabra puede desencadenar una revolución, una guerra, etcétera".

La conciencia pro-fética de la nueva
era irrumpió en el mundo como rayo
que incendia la pradera.

Se partieron las aguas, se bifurcaron los caminos

. Hubo (hay) guerra de mundos
y canto de recién nacidos.

Jean Baudrillard retoma el tema de la "singularidad" como punto crítico de reversibilidad que, de alguna manera, opera como polo inverso y complementario de un sistema global condenado a la entropía y una sociedad global "que hace masa"; singularidad, dice Baudrillard, "que ya no es individual, ni obra de un sujeto determinado, sino una ruptura, una quiebra. Puede proceder de un hombre, de un grupo, de un accidente en el sistema mismo. Es una anomalía que adquiere fuerza en el conjunto indiferenciado del sistema", dice Baudrillard en *El paroxista indiferente*.

Egoencia, singularidad/expansiva: rotación del signo.

**"Estaba en el mundo...
pero el mundo no lo conoció" (Jn. 1:10)**

Intentamos reconocer las corrientes de las aguas que se abren camino en medio de las aguas. El pensamiento se detiene aquí y "retrocede" en busca de la fuente de donde brota el río de la vida: trato de escuchar lo que en este mismo instante se anticipa al pensar. Una nueva conciencia-sensibilidad circula por los canales invisibles del cuerpo orgánico de la humanidad, pero los antiguos sensores difícilmente llegan a reconocer el nuevo mensaje del espíritu: "Porque todavía no había llovido Dios sobre la tierra ni había vapor acuoso que subiera de la tierra".

No se trata de teoría de la evolución, metafísica de la metafísica, revolución tecnológica, teología de la liberación. Se trata de algo más profundo: drama cosmogónico representado en un nuevo escenario social.

Lluvia que desciende del cielo,

vapor acuoso que sube de la tierra...

para dar vida a la transfiguración del hombre.

Génesis por In-plosión, pulso de conciencia cósmica en el seno de la materia humana, nueva geometría de la vida, "germen" de futuro en el hombre: estaba en el mundo, pero el mundo no le reconoció. Pero ¿qué es el "mundo" en esta constelación de fuerzas del cielo, el hombre y la tierra? Ese *mundo* es la "masa crítica" de todo el ciclo histórico que se cierra (eón de Piscis): la masa crítica del inconsciente colectivo y la propia personalidad del hombre tecnorracional que hace masa. El nuevo signo del tiempo se anuncia a sí mismo como alumbramiento de conciencia -energía por ruptura de simetría de la masa crítica del antiguo mundo: la explosión atómica vendría a ser el equivalente simbólico en el mundo físico de una in-plosión complementaria en los niveles más profundos de la conciencia humana.

Ruptura de simetría,
relación de complementariedad,
ritmo analógico...
entre la singularidad naciente (egoencia del Ser
) y la masa residual (entropía) del mundo
de la antigua ley.

Esa nueva conciencia, esa "resonancia" de la vida humana entre las luces del cielo y los abismos de la tierra no surge como un mensaje ideológico determinado, sino como *estado* de la materia que responde a un principio de incertidumbre: no se sabe si persistirá como prototipo de una nueva estrella sobre la tierra o será devorado por la antigua tierra que lo vio nacer. El germen recién nacido puede ser devorado por el sistema informático de la sociedad técnica, por las grandes organizaciones "que hacen masa" (Baudrillard) o por los propios padres y hermanos que lo vieron nacer: todo puede ser devorado por la sociedad de consumo. El rayo que cae sobre la tierra quiebra los moldes sociales, derriba los muros de piedra de los templos espirituales, desintegra los residuos magnéticos de la historia; cae la imagen del mundo, y el hombre se vuelve extraño para el hombre: desamparo cósmico, "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?" (Mt. 12:48).

De la Academia filosófica griega al Círculo hermético de la ciencia moderna

Salto cualitativo en las altas cumbres de la inteligencia: del *logos* racional a la intuición intelectual. En *La Escuela de Atenas* Rafael pinta con mano maestra los rostros y gestos de los representantes esenciales de uno de esos momentos fundacionales en la historia del pensamiento humano. Oigamos a Edouard Schuré en su inspirada obra *Los profetas del Renacimiento*: “Se respira apaciblemente bajo este grandioso pórtico de altas bóvedas y profundas arcadas. Admira la intuición metafísica del pintor humanista, que ha ubicado en el centro de su composición, por encima de todos los demás filósofos, al jefe de la Academia y al del Liceo. Con su dedo enhiesto, Platón, majestuoso anciano, señala el cielo, en tanto que el joven Aristóteles indica la tierra con un gesto enérgico. Ambos dicen: ¡Allí está la verdad!, y ambos tienen razón. Han abierto la discusión que sus sucesores continuarán hasta el fin de los tiempos ... En torno a ellos se agrupan sentados o de pie y a lo largo de las balaustradas del noble edificio, Heráclito. Pitágoras, Arquímedes y Sócrates... Todos piensan y expresan, discuten y demuestran, pero con mesura y sin violencia. En el sobrehumano templo en el que se encuentran, estos investigadores han comprendido que la verdad es más vasta que su sistema”. ¿Y qué podemos decir nosotros ahora, veinticinco siglos después, en otra curva de la historia? En otro templo del saber, bajo otro pórtico e inspirados por otras Musas, Einstein señala hacia arriba, al macrocosmos, al continuo de espacio-tiempo, y Planck apunta hacia abajo, al discontinuo microfísico, a la cuantificación de la energía: en torno a ellos hablan, discuten, experimentan, Bohr, Heisenberg, de Broglie, Schrödinger, Pauli, Dirac, Fermi... todos ellos en busca de la ecuación unificada del universo (pero el tiempo aún no era llegado). La vida se resistía a ser encuadrada, sin más, en las ecuaciones cosmológicas de espacio-tiempo-masa. Y al llegar a este punto de interrogación en la historia del pensamiento científico, un nuevo protagonista viene a reunirse en torno a los primeros compañeros de los padres fundadores: Ilya Prigogine.

Prigogine descubre otro mundo, y formula las leyes de ese mundo: “En cier

tos puntos de inestabilidad de los sistemas vivientes surgen nuevas estructuras dinámicas (*estructuras disipativas*)”: queda abierto el camino a la “termodinámica de no equilibrio”: fluctuaciones críticas en puntos de bifurcación, relojes químicos, transiciones del desorden al orden, flecha del tiempo. Prigogine

pone al descubierto en su investigación el "tiempo intrínseco" de la materia y la "ruptura de simetría" entre pasado y futuro; nuevo modo de pensar el mundo y la historia: "la materia, en condiciones alejadas del equilibrio termodinámico, adquiere básicamente nuevas propiedades". La pregunta que Prigogine formula a la naturaleza puede resumirse en los siguientes términos: ¿cuáles son las condiciones que llevan a la degradación de la energía, el envejecimiento, la muerte térmica, y cuál es el umbral crítico en que, por el contrario, puede darse el nacimiento de lo nuevo? Y la naturaleza le responde, por lo menos en parte, en lenguaje técnico-matemático. En otro tiempo, en otro contexto, otro investigador en las leyes profundas de la vida: principal entre los judíos, maestro en Israel, profería una pregunta semejante: "¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo?" (Jn. 3:4). Y la Sabiduría responde con una paradoja: "Es preciso nacer de arriba" (Jn. 3: 4,7).

El estallido de lo *nuevo* escapa
a las formulaciones matemáticas de la ciencia
, a las reflexiones de la filosofía de la historia,
al marco simbólico del pensamiento.

Pero una nueva mente alumbra hoy los caminos del hombre: el nuevo instrumento de investigación reúne (por reversibilidad de valores) el camino del conocimiento y el camino de la vida, la luz de la inteligencia y el fuego del corazón; la nueva mente ya ha hecho irrupción en el mundo (ordenando el mundo) pero el mundo no la reconoce todavía.

La mirada del universo curva los caminos del hombre

Una mente cósmica marca el ritmo de la historia en la era que se inicia: con - vergencia de fuerzas de la vida, hasta ahora no pensada. Primeros destellos de una nueva mente . Dicho de otro modo : cuando Einstein , a comienzos de siglo , exclama con júbilo : “Una resplandeciente luz se hizo dentro mío”, ¿es Einstein quien pregunta por el universo , o el universo que pregunta por Einstein ? La antigua mente racional no puede resolver este dilema . No se trata de nuevos descubrimientos en el campo de la investigación : la nueva mente alumbra lo que hay que investigar . “Ya no vivimos en el mundo unitario de Parménides ni en el mundo fragmentado de los atomistas”, dice Prigogine en una conferencia dictada en la Universidad de Stanford (Estados Unidos). “Es la coexistencia de estos dos niveles de descripción lo que nos aboca a la conflictiva situación que percibimos en las ciencias e incluso en nuestras propias vidas”, afirma en *¿Tan sólo una ilusión?*

La antigua mente, el *logos* griego, con su teoría de la ciencia, su metafísica del espíritu, su filosofía de la historia, se encontró sin respuesta para interpretar el mundo ante la ruptura de simetría de la propia mente: a partir de aquí los niños enseñan a los padres.

Hoy no tenemos una saga o mito cosmogónico que nos relaten en lenguaje simbólico este acontecimiento -ceremonial de transfiguración del hombre en la frontera crítica de tránsito entre el cielo y la tierra: quiero decir que no tenemos , como los antiguos mayas, un *Popol Vuh* que nos hable de los “hombres de madera”, de los “hombre de maíz” y de aquellos otros “que no tuvieron ni padre ni madre y simplemente fueron formados por los Engendradores y Procreadores con su poder y su ciencia ”: no tenemos un “mito de Prometeo ” que nos hable del robo a los dioses del fuego sagrado para entregárselo a los hombres . Lo único que tenemos para salvar, por lo menos teóricamente es la brecha gen-ética abierta en el mundo es la teoría de la evolución y la genética evolutiva (ambos instrumentos inadecuados).

Volvamos a Gebser , a su obra *Ursprung und Gegenwart* y al artículo “The Foundations of the Aperspective World”. Jean Gebser , después de pasar revista a las diferentes “estructuras de conciencia ” que pueden observarse en el desarrollo antropológico-histórico del hombre, detecta un acontecimiento de trans-

formación del mundo específico de nuestro tiempo, al que designa con el nombre de “mutación en la conciencia de la humanidad”. Desecha los términos “evolución” y “progreso” a los que considera inadecuados y prefiere la idea de “salto cuántico” para pasar del antiguo mundo “perceptivo” a la nueva dimensión “aperceptiva”. Pero se cuida de caracterizar al espacio recién abierto: “No podemos formar ninguna idea de este mundo aperceptivo: porque trasciende nuestras propias ideas”. En cuanto a la genética evolutiva, centrada en el marco teórico de la “selección natural”, dicha teoría de la ciencia moderna nos lleva a la ‘Tierra antes de la vida’, a la “crisis energética” que debió afrontar la “sopa primitiva”, a la influencia de la “radiación energética sobre la materia” en la producción de las primeras moléculas “orgánicas” y la evolución y complejidad de dichas moléculas en formas más elevadas de vida: transformación evolutiva del ADN, distancias genéticas entre las especies, mutaciones, deriva de genes... pero ni una sola palabra para un posible salto antropológico en resonancia con la conciencia cósmica.

La nueva mente impone nuevo
ritmo a los “relojes moleculares”:

ritmo analógico que los antiguos relojes
químicos no pueden marcar.

La mirada del universo curva hoy los caminos del hombre, pero el hombre del antiguo eón sigue empecinado marchando en línea recta: se ha abierto una brecha gen-ética.

Resonantia-Verbum

Configuración originaria de la nueva mente

La nueva generación responde a la Vida con *su* propia vida: más allá del éxito o del fracaso. ¿Es posible detectar algunos rasgos de esta naciente alborada? Según Charles Reich, la “generación de la bomba” debió enfrentarse a una inseguridad radical transmitida por el propio sistema en crisis, “inseguridad cósmica que agudiza su conciencia y los atrae a sentirse juntos” (Prigogine hablaría de “atractores”). A partir de este encendido inicial de la conciencia el nuevo fenómeno humano se expande por “conversión”; de golpe el joven cambia su estilo de vida: es un “converso”, pertenece a otro mundo, y reconoce a sus nuevos compañeros por poder de similitud: “La generación más joven comienza a reconocerse a sí misma como *generación*” (Reich). Y surge aquí una pregunta: ¿la mente de Einstein, que dibuja las fórmulas de poder que conducen a la “bomba”, y la mente de los “hijos de la bomba”, que quiebra la simetría de la Conciencia 11 (la piedra en que se fundan los valores del “Estado corporativo”), los dos aspectos del nuevo signo del tiempo constituyen acaso una *misma* mente? Yo diría que sí (aunque no en la misma medida ni en el mismo nivel de desarrollo); una misma “nota” vibratoria subyacente configura los movimientos del alma: resonancia cósmica. No se trata de conversión ideológica, política, religiosa, sino de un *nuevo estado de la materia* que “enlaza” en una misma unidad de sentido las altas cumbres de la inteligencia y los profundos abismos de la vida: dicho estado de conciencia expansiva (*wholeness*) se expresa en Einstein como sentimiento de “religiosidad cósmica”, y en la nueva generación como in-pulso de “comunidad”.

Un *in-pulso* de nueva energía
penetra en todas las formas de la cultura
: desde la música, el canto, el baile,
hasta el método científico,
los circuitos cibernéticos de la técnica
, el coro litúrgico de la mística.

¿De dónde procede esta corriente de “nueva energía”? ¿de la mente de los padres fundadores de la ciencia moderna, de la liberación de la energía sexual, del poder tecnológico, de la liberación de la energía atómica, de la reserva de energía de las comunidades místicas, del sacrificio cotidiano de los inocentes? La mente objetiva se pierde en el teatro de las sombras y en el laberinto de las interpretaciones. Pero cuando volvemos la mirada, de la inteligencia ilustrada al oído del sentir profundo, advertimos que un “canto” originario se ha interiorizado en la materia del mundo: *resonantia-Verbum* que escapa al espacio de representación de la antigua mente. ¿Acaso hay algún otro espacio que no sea el de las ideas, el tiempo, los caminos del tiempo, las formas de la vida? Sí, hay un espacio esencial, una morada de no representación.

Hiperespacio,
donde la voces del cielo, el hombre, la tierra
, hablan la misma Lengua.

Egoencia: morada interior, cámara de la Reina donde resuena el “nombre propio”.

Redescubrimiento del lugar sagrado en el espacio del mundo

*¡Qué terrible es este lugar
! No es sino la casa de Dios
y la puerta de los cielos.*

Gén. 28:17

Mysterium Templi

La tradición espiritual nos trae el recuerdo de un espacio de *teofanía*: Voz divina en la cumbre del Sinaí; espacio de *hierofanía*: palabra sacerdotal de transfiguración en el monte alto; espacio de acción *sacrificial*: Abraham ofrenda en holocausto a su hijo Isaac, también en un lugar alto. Tres dimensiones del espacio sagrado en una misma liturgia de interiorización de todos los símbolos:

Teofanía

Hierofanía

Holocausto

Todo esto parece muy lejano, perteneciente al *Mysterium* de antiguas iniciaciones. Conocimos el Templo, la expulsión de los mercaderes del templo y la destrucción del templo. Hoy asistimos a una segunda catástrofe: el hombre moderno no sólo ha perdido su lugar en el mundo sino que ha quedado expuesto a la intemperie cósmica. Hasta ayer nomás, quizá hasta 1968, creíamos que podíamos transformar el mundo; había un modelo alternativo, una promesa: la nueva ciencia, la energía atómica, la revolución social, la liberación cultural, la expansión de conciencia espiritual de la juventud; una nueva estrella había aparecido en el horizonte de la historia: la vieron los "magos", pero también Herodes. Y se desencadenaron fuerzas del cielo, del hombre, de los abismos subterráneos, jamás soñadas. Cuando hoy nos despertamos del sueño, exclamamos sorprendidos, como Jacob,

¡qué terrible es este lugar!

En *The Greening of América* la visión de Charles Reich sobre el sentido revolucionario de la nueva conciencia ("Conciencia III") resultó demasiado romántica: "Hay una revolución que viene. No será como las revoluciones del pasado. Comenzará con el individuo y la cultura, y sólo cambiará la estructura política como su acto final. No requerirá violencia para triunfar, y no podrá ser resistida con éxito por la violencia. Esta es la revolución de la nueva generación". Yo diría: era sólo la mitad de la fórmula: faltaba la experiencia del "horror" (la otra mitad). Faltaba el horror del terrorismo de Estado, la represión violenta de la juventud, la tortura, los campos de concentración... faltaban los desaparecidos, el secuestro de niños nacidos en cautiverio: la consigna era aniquilar hasta el último retoño de aquella "revolución de la conciencia" que anunciaba Charles Reich para el porvenir de América. La voluntad de poder del "Estado corporativo-Conciencia II" no iba a permitir que el germen naciente de la nueva concepción del mundo se arraigara en la tierra de los antiguos dioses. Ya desde comienzos de siglo, con las primeras luchas obreras por la justicia social, se había iniciado una onda de salvaje represión que iría en aumento con el correr del tiempo y barrería con todo germen calificado de "subversivo" por los censores del sistema: asesinaron a Gandhi, Luther King, John Lennon, fusilaron al Che en Bolivia, le cortaron las manos al cadáver de Perón, profanaron el cadáver de Evita... Pero la guerra política (si podemos llamarla así) no sería el último acto en el drama sacro de dominio de la tierra. ¿Por qué digo "sacro"? No nos adelantemos.

La voluntad de dominio político y económico
de los grupos humanos de poder
vino muy pronto a ser superada y asimilada
por la liberación de un poder superior (más que humano):
el poder autónomo de la técnica.

Y al holocausto de los desaparecidos y muertos en cautiverio vino a agregar - se el holocausto de los desempleados, los desamparados, los niños arrojados a la basura: exclusión social en masa. Moríamos por segunda vez en cautiverio: ¡qué terrible es este lugar!

Transfiguración orgánica de los símbolos de poder

No se trata de buscar culpables. Como Ezequiel en medio de los cautivos, fuimos arrebatados por un “remolino de fuego” y transferidos a un *estado-templum*: aquí la comprensión es otra, las leyes son otras, es otro el juego de las fuerzas de la vida: el fuerte viento que sopla del desierto hace girar en sentido inverso el sentido de la historia. De golpe las cosas, los acontecimientos, las construcciones del espíritu, todo el universo de símbolos cambia de destino: el río del tiempo desemboca en otro lugar.

Sin damos cuenta,
los signos de poder de la sociedad planetizada
han sido interiorizados
en centros orgánicos de fuerza:
fisiología humana de anticipación.

Mientras por fuera el tornado cósmico derriba una y otra vez los frutos del Árbol del Conocimiento, por dentro el mismo “remolino de fuego” hace florecer el Árbol de la Vida: nuevo código de la Ley.

Al cerebro electrónico por fuera
corresponde un corazón A-tómico por dentro.

¿Cómo se manifiesta en el hombre esta reversión de la fuerza en el contexto histórico del nuevo signo del tiempo?

¡Por reversibilidad de valores en el espacio interior de la vida!

El mismo “remolino de fuego” que alumbra el alma de Einstein (“una resplandeciente luz se hizo dentro de mí”) y que lo lleva a formular las leyes relativistas de la nueva física en contraposición a las ecuaciones de la física clásica, el mismo “rayo de Apolo que golpea al hombre” hace girar el pensamiento de Heidegger en dirección a la fuente de sentido del ser (“Die Kehre”) y lo lleva a reformular la esencia de la metafísica en contraposición a la ontología fundamental de la metafísica clásica. De una u otra manera, y con diferentes lenguajes, ambos pensadores descubren el punto crítico de “retorno de la fuerza”: nota clave del

ritmo de reversibilidad de valores de la nueva mente. De todos modos, ni desde la nueva física ni desde la nueva metafísica es posible acceder a la nueva fisiología; es decir al conocimiento de las “funciones nacientes” que anticipan el nuevo lugar del hombre en el mundo:

funciones nacientes
que mañana serán órganos.

Génesis por In-plosión: “germen” de nuevas dimensiones de la vida.

De la antropología filosófica a la egoencia del Ser

Ni desde la física, ni desde la metafísica, ni desde la antropología... Colapso de la pregunta por el hombre y por el lugar del hombre en el mundo: ruptura de la forma que opera como fundamento de la pregunta.

Egoencia es palabra símbolo: un modo de nombrar la experiencia acontecida; el mensaje procede de la experiencia, no de la palabra. Pero entonces ¿por qué la palabra? Porque en la experiencia el “ego” queda tocado, y desde el fondo sin fondo del ser el alma Mater vuelve a pronunciar el mundo con los materiales de demolición del antiguo templo. ¿Cuál es el destino del ego tras la experiencia del *satori*?, preguntan los discípulos del Zen. No hay tal ego, responden los maestros. Volviendo a “The Integral Consciousness”, cuando Jean Gebser quiere caracterizar metafísicamente la “aurora de esta nueva conciencia” se siente obligado a reconocer que el nuevo estado de conciencia trasciende las categorías absolutas de afirmación o negación del ego: “Se trata de un nuevo desenvolvimiento de la conciencia” (*newly-unjbl dirtg*), libre de ataduras: tanto a *egonses* como a *egolessness*, configurando un nuevo estado que “deliberadamente integra los dos estados. Cuando esto es logrado por el individuo, ocurre algo muy significativo, efectivamente salvador”. Hasta aquí el testimonio de Gebser. Y ahora yo me pregunto: el alumbramiento de esta nueva conciencia, ¿es un fenómeno psicológico, una intuición metafísica, una ruptura psicosocial, una experiencia mística, o es un acontecimiento de in-plosión de conciencia cósmica en la materia humana cuya originariedad escapa a los modelos conceptuales de interpretación del mundo?

Egoencia es palabra-símbolo;
aquí el “ego” que ha dejado de ser
en cuanto conciencia objetiva.
vuelve a ser en cuanto “punto-sin punto
” de reversibilidad de valores.

A diferencia del budismo (por lo menos de sus interpretaciones) el “estado de egoencia” preserva el punto “material” de enraizamiento reversible del espíritu en las moléculas de la vida. Y vuelve a mi memoria el mensaje de las antiguas

iniciaciones de la piedra: “Hiere la roca, y saldrá de ella agua para que beba el pueblo” (Éx. 17:6).

Este “herir la roca” es la acción litúrgica (si se me permite dicha expresión simbólica) que marca el *salto* de la concepción filosófica de la antropología racional a la dimensión gen-ética de la egoencia del Ser.

Giro en el manejo de la fuerza: por principio de acción interior

El antiguo ciclo evolutivo de la humanidad se cierra con un profundo sentimiento de desamparo: no sólo social, también cósmico. Dicho de otro modo: se cierran las fuentes “providenciales” de donde provenía el impulso anímico de bienestar y renovación espiritual de la vida. No es extraño que la misma idea de “providencia”, acuñada por la tradición de los distintos pueblos de la tierra, venga hoy a ser cuestionada (y más aún sustituida) por la voluntad de poder de la era técnica. Pero hoy, al final de este gran ciclo que se cierra, venimos a darnos cuenta de que la Técnica no es la Madre que alimenta providencialmente a sus hijos sino la Diosa, que por los bienes ilusorios que brinda, devora a los hijos que han quedado sin Madre.

Los pensadores modernos del “fin de la historia”,
cada uno con su propio lenguaje,
han puesto al descubierto la pérdida de
este circuito “matricial”
que opera silenciosamente
como sostén-providencial de la vida.

Y la mente ilustrada pregunta: “Bueno, pero en definitiva, ¿qué es lo que se ha perdido?”.

“Pérdida de la imagen del mundo”, dice Octavio Paz en *Los signos en rotación*. “Dispersión del hombre, errante en un espacio que también se dispersa... Hoy no estamos solos en el mundo: no hay mundo”, afirma el mismo autor en *El arco y la lira*. En *El paroxista indiferente* Jean Baudrillard es aun más radical: “Ya no es lo humano lo que piensa el mundo. En la actualidad, nos piensa lo inhumano”. ¿Cuál es el sentido de esta “pérdida de la imagen del mundo”, de esta “dispersión del hombre en un espacio que también se dispersa”, de esta irrupción de lo “inhumano que piensa lo humano”? No se trata de apelar a la filosofía de la historia, porque en esta etapa de “errancia” no sólo el hombre ha perdido su sombra sino también la historia ha perdido su huella. De lo que se trata es de poder descubrir la inmensa potencialidad de la “energía del fin”, la energía negativa de los acontecimientos, el mensaje secreto del desamparo cósmico: “¿Madre, por qué me has abandonado?”.

La casa del hombre ha quedado sin sostén
, han caído las antiguas leyes de amparo...

pero al llegar al límite de la oscuridad de la
luz las fuerzas de la vida giran por dentro.

Egoencia no es una nueva idea, un nuevo paradigma científico, un nuevo sistema temático filosófico ... No es algo que haya que explicar. Es el ritmo in-sonoro de una nueva ley: o la reversibilidad de la misma ley.

Todo intento de pensar la "egoencia" en términos de metafísica, como determinado modo de ser, ya sea como idea, representación de individualidad, voluntad de poder, cualquiera de estas formas de intelección fundamental nos cierra el camino a la egoencia del Ser. Pero cuando al límite (al extremo) de la pregunta por el ser prestamos oído a la corriente de la vida que gira por dentro, desde el seno mismo de esta "interioridad" surge una voz que nos señala un nuevo lugar en el mundo. ¿Que cómo sea esta "voz"? Es como la voz que escuchó Elías en la cueva del monte Horeb: "¿Qué haces aquí, Elías?... sal afuera y ponte en el monte ante Yavé. Y he aquí que va a pasar Yavé. Y delante de él pasó un viento fuerte y poderoso que rompía los montes y quebraba las peñas; pero no estaba Yavé en el viento. Y vino tras el viento un terremoto, pero no estaba Yavé en el terremoto. Vino tras el terremoto un fuego, pero no estaba Yavé en el fuego. Tras el fuego vino un ligero y blando susurro. Cuando lo oyó Elías, cubrióse el rostro con su manto, y saliendo, se puso en pie a la entrada de la caverna, y oyó una voz que le dirigía estas palabras : ¿Qué haces aquí. Elías?" (I Reyes , 19:8,13).

Vuelvo sobre la egoencia, pero ahora no pregunto por el "ser" sino por el "acontecer" (que es como preguntar por el "lugar" y el "sentido" del acontecer).

No está en

el viento. *No está en el*

terremoto. *No está en el*

fuego.

Pero hay un lugar, un aquí, donde un "ligero y blando susurro divino" puede interpelar al hombre por el sentido de su existencia : "¿Qué haces 'aquí' Elías?"; y lo llama por el nombre propio: inicio de interlocución humano/divina que abre el camino a la egoencia del Ser.

Ascensión de la humanidad en Cuerpo

Contemplo el majestuoso vuelo del cóndor: no hay artefacto técnico creado por el hombre que pueda imitarlo. ¿Cuál es su secreto? No vuela solamente con su propia energía animal: a través de las antenas de sus alas y su cola circula otra clase de energía: funciones de resonancia cósmica aún desconocidas por la ciencia moderna.

Pre-sentimos una transfiguración de la vida en la materia desestabilizada del antiguo cuerpo: ofrenda de la naturaleza humana a una nueva epifanía del Espíritu. En otro tiempo, en remotos eones sin historia, fue la ofrenda de la naturaleza elemental para que el hombre pudiera erguirse sobre la tierra y construir la historia. Hoy es el hombre con su cuerpo hecho del limo de la tierra quien es llamado por los dioses al altar del sacrificio para con-figurar (con ellos) un nuevo Cuerpo de espíritu-materia que pueda sobrevolar la tierra. La carrera del espacio es sólo la cara externa, la faz técnica de este gigantesco movimiento de "interiorización" de símbolos de poder que hoy se está realizando en la cámara secreta del corazón.

Sacrificio colectivo de la
humanidad que precede a la llegada
del Señor.

Hay que preparar una "materia humana" para Su vestidura: matriz super-conductora de la luz.

La "nota clave" de transfiguración del mundo
, proferida en el monte alto: Teofanía,
entonada por el coro unisónico del *templum*: hierofanía,
resuena como "nota sacrificial" en la materia de los "condenados de la tierra": Holocausto.

Y otra vez la pregunta: ¿por qué holocausto? Porque una vez más, al final del gran ciclo cosmogónico que se cierra, *todos* venimos a ser "condenados de la tierra": lo que fue dicho para la serpiente parece que viene a ser dicho para el hombre: "Te arrastrarás sobre tu pecho..." (Gén. 3:14). "Todos" quiere decir, en este contexto, los vivos y los muertos, los que pertenecen al sistema y quienes han sido expulsados del sistema, los réprobos y también los elegidos. Porque no se

trata de salvar tales o cuales valores humanos, del bien o del mal. de la derecha o de la izquierda, de arriba o de abajo, del espíritu o de la materia: se trata de salvar al hombre, de crear las condiciones para que el hombre sea simplemente hombre (no sólo carne ni máquina).

La elevación de la humanidad “en Cuerpo” no es una utopía espiritual (una Jerusalén Celeste), ni una construcción material (las plataformas espaciales habitadas son apenas preludio técnico del hogar cósmico): siento que la Serpiente Emplumada asciende por los canales invisibles de mi propio cuerpo llevando al espacio sagrado del nuevo ciclo histórico la materia transmutada de la antigua tierra.

Egoencia como función: punto cero en la Galaxia Humana en In-plosión

Vivimos en un mundo de imágenes que se nos vienen encima: tornado que nos saca del mundo antes de que tengamos tiempo de preguntarnos por nuestro verdadero nombre. Hasta no hace mucho tiempo aún podíamos mantener nuestra “identidad” en función de nuestro papel en el mundo (*role playing*): por el oficio, el cargo, la representación, los símbolos y atributos de poder. Todavía hasta fines del siglo XIX el mundo conservaba cierta coherencia, preservaba su figura arquetípica y el hombre aún podía soñar su destino bajo el amparo maternal del cielo estrellado. Hoy las cosas son diferentes: por fuera el universo corre velozmente en expansión (fuga de galaxias en el cielo cosmológico), pero por dentro la galaxia humana vuelve sobre sí misma en In-plosión. Ya no estoy tan seguro. “¿Quiéñ es mi madre y quiénes son mis hermanos?” ¡Nadie responde!

Cayó el telón,
se apagaron las luces,
el teatro quedó vacío
...

por primera vez me escucho a mí
mismo pronunciando mi propio nombre.

Digo “por primera vez” porque nunca antes lo había oído: ¿es un nombre, una fuerza? ¿O es mi propio “son”, mi propio tono, mi propia nota-clave vibrando en -tre la multitud de sonos, tonos y notas del universo y la vida? Todo intento de querer encuadrar esta experiencia de resonancia íntima (yo dina “musical”) dentro de los cánones del *logos* filosófico-metafísico me lleva al desvío de la esencia misma de aquello que se oculta en el instante mismo de ser-acontecido.

Si para dar un nombre que caracterice a esta “in-plosión/expansiva” de la vida humana he utilizado el término “egoencia”, quiero aclarar que esta palabra no opera explicando la *resonancia -Verbum* por derivación *etimológica* sino aproximándose a dicha resonancia como símbolo *fonético* (por lo menos en lengua castellana). Dicho de otro modo: hablar de “egoencia” es señalar una estructura /dinámica *inicial*, una función de la vida enteramente nueva que irrumpe vibratoriamente en el mundo por ruptura de simetría de la antigua forma: una *voz*

que surgida de las catacumbas del alma hace estallar la copa de los dioses del Imperio.

La antigua forma se había vuelto contraria a la vida... “Sólo al precio de una increíble exclusión, de un «crimen perfecto», está el mundo consolidándose y homogeneizándose, es la victoria del emperador monopolizándolo todo a imagen suya”, dice Baudrillard en *El paroxista indiferente*. La respuesta a este brutal desafío ya no viene por el camino de la acción revolucionaria sino desde el poder de transfiguración social del Verbo.

El tránsito de la antigua
forma de dominio del mundo
a la nueva forma
de transfiguración de la vida
se realiza por un “punto cero” de acción interior
: giro de la fuerza.

De la angustia existencial a la mística del Corazón

¿Cómo se pasa de un estado al otro?

Ni la teoría de la ciencia, ni el pensamiento filosófico, ni la metafísica del “ser” o del “no-ser”, ninguna de estas formas sistemáticas del entendimiento humano pudo entrar de lleno en el círculo hermético de la vida. Dicho de otro modo: la llamada “teoría del conocimiento” no ha podido trascender las contradicciones internas del propio instrumento que construye la teoría.

¿Cómo juega la voluntad del hombre ante el mandato del Cielo y el poder de las fuerzas elementales de la Tierra?

La voluntad de poder desvinculada de la conciencia de Ser nos ha llevado a un callejón sin salida: ya no solamente a “conquistar el mundo y perder el alma” sino a perder el mundo (hoy ya no hay tal mundo) y degradar la vida. Para la conciencia naciente, para el ritmo analógico de la egoencia del Ser, la clave simbólica de transfiguración del hombre no pasa por la dialéctica de los opuestos sino por la reversibilidad de valores: transposición *gen-ética*. La *palabra inicial* de poder no es aquí “transformar el mundo” sino “reconstruir el Templo”. Pero ¿qué papel juega el hombre en esta liturgia de re-Construcción del Templo? Las doctrinas filosóficas, políticas, tecnológicas, centradas en la voluntad autónoma de poder, no sólo no dan respuesta a la pregunta por la re-Construcción del Templo sino que pueden servir de base teórica para legitimar el poder arbitrario de los mercaderes del Templo. Ni el materialismo dialéctico ni el espritualismo místico han podido trazar el puente entre los valores del alma y la química de la vida. Pero ¿y las fórmulas de campo unificado de la ciencia? Un paso adelante (y arriba) en el camino del conocimiento, pero sólo “la mitad de la fórmula”.

La mística del Corazón es otra cosa:

es la interiorización *orgánica* del Templo,
la proferición (por parte del hombre)
de las funciones sagradas de la Vida.

Aquí, en la cámara secreta del corazón de carne, ya no es la antigua ciencia enseñando al hombre, sino el mismo Verbo transfigurado en la nueva ciencia del

hombre. Hoy, como ayer, los jóvenes sabios enseñan a los doctores de la ley. "Al cabo de tres días le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles" (Le. 2:46). Tocamos aquí, en otro signo del tiempo, bajo otro cielo y sobre otra tierra, un punto delicado, difícilmente accesible a la mentalidad del mundo contemporáneo: el misterio de la iniciación espiritual de la humanidad.

Al rescate de la “piedra” que desecharon los constructores

Una vez más. tropezamos con las limitaciones del lenguaje para comprender las claves secretas de la vida. No se trata de ir a la búsqueda de aquella “piedra angular de la gran obra” recordada de una u otra forma en los textos sagrados, porque su sentido simbólico ha sido olvidado por la tradición ya hace mucho tiempo. Tampoco se trata de buscar el fundamento metafísico del conocimiento ni el fundamento del fundamento de las cosas del hombre y el mundo. En realidad buscamos lo que la humanidad, desde los orígenes, ha buscado siempre: el puente secreto entre el Árbol del Conocimiento y el Árbol de la Vida. Dicho de otro modo: quizá hoy más que nunca buscamos la

fórmula de campo unificado humanodivino.

No para detenernos en una nueva formulación teórica del conocimiento, sino para *in corporar a* nuestro propio organismo la clave sagrada de la vida. ¿Cuál es la naturaleza de esta “piedra”, el código simbólico de esta “fórmula”, la fuerza operativa de esta “clave”?

No se trata de formular una nueva teología,
sino de estar presto a un nuevo advenimiento.

Presto a dar albergue en nuestro corazón de carne a la onda pro-fética del Verbo: *resonantia-Verbum*. No sólo para entonar el canto de una poesía mística sino para con-stituir (con el Verbo) la arquitectura de una nueva *Physis*: “Hazme un santuario, y habitaré en medio de ellos” (Ex. 25:8).

Hazme un santuario: Dios necesita del hombre en la gran obra de re-Cons-trucción del Templo. La participación del hombre es “aquello que hace falta” para con-stituir la morada propiamente humana: “El cometido de la conciencia es descubrir al hombre «aquello que hace falta»: algo único, individual, que no puede ser comprendido en ninguna ley general”, escribe Viktor Frankl en *El dios inconsciente*. Jung, en su *Respuesta a Job*, hace notar que Jehová necesita de su siervo Job para manifestarse como hombre. Si bien es cierto que en este momento inicial de un nuevo ciclo de desenvolvimiento de la conciencia humana el ad-

venimiento de lo divino en el alma tiene, ante todo, el carácter de acontecimiento místico, ya comenzamos a observar que el propio poder de plasmación del Impulso profético dibuja una nueva geometría de la materia que se traduce en funciones humanas de resonancia cósmica desconocidas hasta ahora (u olvidadas en el decurso de nuestro largo cautiverio terrestre). Este nuevo campo unificado de espíritu-materia, más que una fórmula metafísico-matemática, es la nueva *Physis* que restablece el puente de comunicación entre el Cielo, el Hombre, la Tierra.

¿Qué es esta nueva *Physis*?
¿cómo acceder a ella, cómo vivir en ella?

Mucho se ha hablado en estos últimos tiempos (y se sigue hablando), pero mucho me temo que perdamos el rumbo en un mar de palabras. No estamos hablando aquí de la antigua naturaleza (cuyo pacto ha roto el hombre) ni de la segunda naturaleza tecnológica creada por el hombre. Razonando por analogía, y tratando de encontrar un punto sensible que nos permita aproximarnos al nuevo ritmo vibratorio de espíritu-materia en que nos movemos y somos en la frontera entre dos mundos, me remito al relato de don Juan en boca de Castañeda en *Journey to Ixtland*:

“Creer que el mundo es solamente tal como tú piensas que es, es estúpido... El mundo es un lugar misterioso, especialmente en el crepúsculo”, dice don Juan.

Y apuntó hacia el viento con un movimiento de su barbilla.

-Puede seguirnos -dijo-, puede hacernos sentir cansados o aun podría matarnos.

-¿Ese viento?

-A esta hora del día, en el crepúsculo, no hay viento

. A esta hora hay sólo poder.

En la hora del recogimiento, cuando callan las voces del mundo técnico, llegamos a presentir que podemos movernos en un campo de fuerzas muy sutil que nos devuelve un sentimiento de libertad interior que creíamos perdido en la ciudad opresora. Desde aquí, desde esta nueva *Physis*, comprendo (por analogía) lo que había advertido Marshall McLuhan ante la irrupción de los nuevos medios de la era electrónica: “El medio es el mensaje”. Es el poder intrínseco de la nueva *Physis*, y no la ideología, el poder político o el poder religioso, lo que mantiene la unidad esencial del nuevo mundo del Hombre.

Pero, una vez más, ¿qué es la *Physis*?

Es la Tierra fecunda de los antiguos misterios,
es el seno de la Madre donde se aloja el
germen del recién nacido.

Ya no tenemos más tiempo...

No tenemos tiempo para más congresos, más simposios, más cumbres de la tierra, más declaraciones sobre los derechos del hombre...

Hemos rozado una peligrosa onda
de Anti-sentido.

Ya no tenemos más tiempo para especular sobre el mundo, tampoco para transformarlo, porque como dice Baudrillard: "El sistema se devora a sí mismo, engendra con su irreversibilidad una inversión total de las cosas". ¿Qué hacer, entonces? Baudrillard no encuentra salida dentro del sistema, y apela a sus "estrategias fatales": "Llevarlo a la saturación, hasta el punto de que el propio sistema cree el cataclismo". En *El paroxista indiferente* Baudrillard no descarta una alternativa, pero esa alternativa ya no viene por la individualidad ni por la colectividad, sino por la "singularidad". Tanto lo individual como lo colectivo pasan hoy del lado de la "red": "La identidad está del lado de la red y no del individuo". ¿Cuál puede ser entonces ese acontecimiento capaz de engendrar lo nuevo? "Su singularidad", repite Baudrillard: "no la individualidad, tampoco la colectividad, ya que está inscrito en la globalidad de la red, de la que el individuo es sólo una partícula. En cambio, la singularidad sería lo que suscita el acontecimiento. Una singularidad que ya no es individual, ni obra de un sujeto determinado, sino una ruptura, una quiebra. Puede proceder de un hombre, de un grupo, de un accidente en el sistema mismo".

Transposición del valor significante

Este salto del pensamiento conceptual que escribe la historia al acontecer pro-fético que se adelanta al tiempo de la historia es la nota *revolucionaria* de la era que se inicia. Dicho de otro modo, la revolución escapa hoy a las leyes del determinismo histórico para inscribirse en el marco más amplio del "principio de incertidumbre", "acción interior" y "ruptura de simetría".

No tenemos más tiempo
para hacer la revolución,
porque la propia
revolución
ya ha derribado los marcos teóricos de la revolución.

¿Cómo podemos formular conceptualmente esta “revolución de la revolución”?

Se trata de la trans -
misión del sentido de lo
humano.

Frente a la primacía de lo político que impera en las concepciones revolucionarias de las grandes organizaciones en masa, la conciencia expansiva de la individualidad naciente toma sobre sí (como Antígona) la intemperie del hombre errante sobre la tierra para llevarlo (de vuelta) al hogar de la Madre cósmica. Se trata de incorporar la propia muerte al designio supremo de la Vida: mística de la acción que de-vuelve al hombre su condición esencial de “ser-hombre”.

Al decir “in-corporar la muerte” no quiere significar voluntad de poder para elegir la muerte, porque ya no tenemos tiempo de elegir: hemos sido elegidos para descubrir en nosotros mismos la faz oscura de la luz en una nueva ronda por más vida.

El ritmo intrínseco de la Ley marca el orden sagrado del mundo

No estamos hablando aquí de una nueva “concepción del mundo”, de un “nuevo orden” jurídico, social, político, tecnológico del mundo por venir, ni siquiera hablamos de la “ley”, sino del *ritmo* intrínseco de la Ley: lo que nos lleva a remontarnos de los principios metafísicos, teológicos, históricos de organización del mundo a un principio de orden más originario, *in-pulso* primordial que codifica las funciones sagradas de la vida.

Ritmo intrínseco de la Ley,
que penetra subrepticamente
en los recintos atómicos de la materia
y cambia la geometría del plasma viviente.

Irrupción de un principio de orden transhistórico justo en un momento histórico en que el nuevo orden mundial de “fin de la historia” ha puesto en peligro lo que hasta ayer nomás llamábamos “funciones humanas de la vida”: fin del trabajo, fin de la economía real, fin de la justicia social, fin del sistema inmunológico... Presentimos un “nuevo inicio”, pero no tenemos un Manú, un Moisés, un Licurgo, que ponga en nuestras manos las nuevas Tablas de la Ley: las únicas “tablas” que tenemos a la vista son los índices estadísticos del mercado global proyectados en las pantallas virtuales del mundo técnico.

La señal de sentido para los hombres y las mujeres que vienen
, ya no es la Ley escrita en los códigos informáticos
sino la Ley inscrita en los códigos simbólicos
de las moléculas de la vida.

El gran desafío intelectual, moral y espiritual para las nuevas generaciones es “entonar” los propios valores humanos con el ritmo interiorizado de la Ley: para gestar (con la Ley) la molécula puente (*resonantia-Verbum*) que nos permita circular libremente entre el Cielo y la Tierra. El desafío ya no es sólo biológico o sociológico, sino de orden cosmogónico: crear el nuevo orden sagrado del mundo.

De la filosofía política a la Gen-ética social

En algún lugar del mundo, quizá en el desierto, en alguna comunidad mística, o en medio de las ruidosas multitudes de las grandes ciudades, algunos pocos hombres y mujeres han decidido "retirarse": han dejado de escribir libros, fabricar bombas, reproducir clones, para penetrar -como nuevos alquimistas- en los laboratorios interiores de la vida; su misión es otra, crear una nueva materia: "materia social". Como nos dice Ernesto Sabato en su *Antes del fin*: "Ya no es suficiente robar el fuego para iluminar la historia". Tampoco era suficiente "la acción política" (ni la magia tecnológica). ¡Había caído la noche!

La fuerza de lo sombrío está en ascenso.
Ante su avance lo luminoso se retira.
poniéndose a buen recaudo... (/Ching, 33)

"No es fácil comprender las leyes de semejante retirada activa", se anticipa el comentario del libro de las mutaciones, y agrega: "No se trata, en lo que se refiere a esta retirada, de una arbitrariedad humana, sino del cumplimiento de leyes que rigen el acontecer en la naturaleza". Dicho de otro modo: cuando el signo del tiempo se muestra adverso, cuando las fuerzas tenebrosas han tomado la delantera, cuando la historia ha perdido el sentido de la historia y lo social ha llegado al "fin de lo social" (Baudrillard), en ese punto crítico donde el hombre que ha conquistado el mundo corre peligro ya no sólo de perder el alma sino de mutilar la vida

la vanguardia avanza/retirándose.

No se trata solamente de una retirada política ante un adversario poderoso, retirada estratégica de la guerrilla revolucionaria en la selva, retirada metafísica del mundo objetivo en dirección a la fuente de sentido del ser ("Die Kehre", en términos de Heidegger)... La retirada en cuanto reversión de las propias leyes de la historia tiene un sentido más profundo: ya no sólo metafísico, político, histórico, sino, ante todo, gen-ético. Y al decir gen-ético no me refiero solamente a la genética evolutiva del hombre terrestre sino a la nueva estructura de valores ma-

teriales y espirituales que comienza ya a dibujarse como tercera naturaleza en la naciente trayectoria del hombre cósmico: un nuevo *medio*. Este “nuevo medio” ya no es la “primera naturaleza” (devastada por el hombre) ni la “segunda naturaleza” (la técnica creada por el hombre y que se vuelve contra el hombre), sino que es una

“tercera naturaleza”

que se nos escapa constantemente de las manos cada vez que intentamos atraparla conceptualmente en los marcos del lenguaje conocido. Y en la misma medida que desconocemos la naturaleza del “medio”, también se nos escapa la “función” del hombre en el mundo: o bien lo reducimos a una pieza eficiente (o descartable) en la mecánica del sistema o bien lo transferimos a un espacio ideal de derechos humanos y virtudes del alma sin contacto real y efectivo con el mundo y la vida. Pero, entonces, ¿cuál es la misión de esta vanguardia que avanza / retirándose?

Producir, con su propia materia individual,
la materia-social que ha de servir de puente
entre el antiguo hombre terrestre
y el naciente hombre cósmico.

“*Materia-social* es algo más que una idea, un concepto,
un símbolo: es una molécula-puente.

**El advenimiento de lo sagrado irrumpe hoy
en el mundo del hombre
bajo el velo del sentido trágico de la historia**

Dicho de otro modo: lo divino nos interpela
desde el lado oscuro de la vida.

Para encontrar una época semejante tendríamos que remontarnos al origen de la tragedia griega, con la diferencia de que la confrontación arquetípica entre la libertad del hombre y las fuerzas cósmicas del Destino ya no se representa en el espacio circunscripto del teatro o del templo sino que *opera* en el tejido vivo del Cuerpo Social de la humanidad.

A partir de la ruptura de los
recintos atómicos de la materia,
fuerzas tenebrosas de los abismos subterráneos
han hecho irrupción en la ciudad del hombre.

El Mal se ha vuelto visible, ha tomado forma, se ha hecho sustancia. Baudrillard nos habla de la “transparencia del mal”, pero más que de una transparencia que se nos muestra simbólicamente detrás de un velo sentimos el impacto terrorífico de un poder desconocido que ha desgarrado el velo. El síndrome de inmunodeficiencia adquirida no es una “transparencia”, sino la manifestación de un poder de la vida que se vuelve contra la vida. El propio Baudrillard, cuando quiere tipificar de alguna manera esta guerra secreta que derriba las construcciones inteligentes de la ciudad del hombre recurre a la metáfora de Borges, la irrupción de los pueblos del espejo: “De todos aquellos que fueron condenados por el emperador victorioso a permanecer encerrados detrás del espejo... de todo lo que ha sido exiliado al otro lado del espejo”. Pero ¿quiénes son esos “pueblos del espejo”? y ¿qué es ese “todo” que ha sido exiliado al otro lado del espejo? No son solamente los “exiliados”, “desaparecidos”, “desamparados”, los niños “arrojados a la basura” antes de nacer..., también los “virus”, las “moléculas asesinas” y los “residuos magnéticos” de nuestra propia vida que nosotros mismos hemos ido arrojando “detrás del espejo” durante nuestra ya larga errancia terrestre. Todo este poder “olvidado” detrás del espejo se nos viene hoy encima, pero ya no como pregunta metafísica por el “olvido del ser” (Hei-

degger) o anuncio profético sobre la “muerte de Dios” (Nietzsche) sino como acontecer escatológico de *participación*, de la humanidad en el alumbramiento expansivo de la vida, a través de las fuerzas oscuras que están del otro lado de la vida.

Acontecer escatológico de participación
que nos pone en contacto
con la “vida más allá de la vida”.

Pero este “más allá”, esta “escatología” (si todavía podemos utilizar este término), ya no puede reducirse a pregunta metafísica, especulación teológica, acto de fe, sino que ingresamos en una experiencia inédita que ni siquiera tiene formas adecuadas de lenguaje para expresarla, pero que podemos llamarla “gen-ética”: si por gen-ética entendemos un “gen” donde los valores del alma se unen estructuralmente a la química de la vida.

La confrontación con el poder del Mal
, vivida por la humanidad de hoy
como “sentido trágico de la historia”, abre
el camino a la irrupción de lo Sagrado en
las moléculas de la vida.

Signatura divina en la materia humana. La interlocución humano-divina sale del marco metafísico-teológico que la tenía aprisionada para hacerse resonancia “humanodivina” (experiencia de no-dualidad) en el seno de la Mater-materia : egoencia del Ser.

Gen-ética Social: **Funciones, Oficios, Herramientas**

Nueva correlación de fuerzas en el mundo: nuevo vínculo dinámico entre el misterio divino y la conciencia histórica; la retirada del “noble” en busca del principio de las cosas (como dice el *I Ching*) cambia la estructura del “medio”: en la hora del crepúsculo ya no escuchamos el soplo del viento sino el mensaje del “poder que se oculta en el viento” (como diría don Juan en el relato de Castañeda). Este “oír” que se anticipa al ver es el fundamento ultrasónico del nuevo Cuerpo que comenzamos a inhabitar.

Hoy, en la frontera entre dos mundos,
la transición de la conciencia histórica del hombre terrestre
a la conciencia cósmica del hombre planetario
se realiza por mediación de un Cuerpo social en Gestación.

Función vibratoria, alternante, de una nueva *Physis*.

Dicho paso “inter-medio” entre el misterio divino y la comunidad humana (entre la gravedad y la gracia, como diría Simone Weil) fue olvidado por el idealismo espiritualista y reducido a su dimensión histórica por el materialismo dialéctico.

La angustia existencial de quienes
aún nos movemos y somos en el “antiguo medio”

no es sólo psicológica o metafísica

sino *gen-ética*: deriva de un acontecimiento
difícil de explicar.

En alguna parte de nosotros mismos ya hemos nacido, ya somos “otro”, y vivimos en otro espacio (transfinito), pero aún no tenemos Cuerpo adecuado ni lenguaje apropiado para expresar las funciones del alma recién nacidas.

Ya no tenemos tiempo para transformar un mundo que se ha vuelto extraño para el hombre. Hoy, como ayer, ya no se trata de “convertir” al Faraón: se trata de salir de Egipto. Esta “segunda salida” no es tarea fácil: los “magos del Faraón” son más astutos, y más alto el poder de seducción del inconsciente colectivo: muchos quedan en el camino, arrastrados por las corrientes profundas de la antigua raza. No es suficiente el impulso de liberación, ni siquiera la presencia carismática de un libertador de los pueblos: hace falta alcanzar el nivel de interioridad crítica de potencial para entrar en resonancia analógica con las fuerzas libertarias del universo.

Tránsito
del egoísmo individualista
a la individualidad expansiva del Ser.

Ruptura del molde. No estará demás recordar aquí la diferenciación que hace Jung entre individualismo e individuación : “El individualismo conduce a una acentuación del «egoísmo», mientras que por individualidad entendemos nuestra más íntima particularidad o singularidad última e incomparable, *conversión en el sí-mismo*”, dice en *El yo y lo inconsciente*. De todas maneras, la “egoencia” trasciende toda fenomenología psicológica o metafísica que intente penetrar en su Ser. Podemos preservar, sin embargo, este principio de “singularidad” que ya habíamos encontrado en los modelos cosmológicos y en el discurso sociológico (Baudrillard). Esta “singularidad”, en cuanto fuerza expansiva de acción interior, abarca no sólo aspectos individuales sino también sociales, pero no viene a darse como “acuerdo”, en el contexto de un “contrato social”, sino que surge como *acorde* en la liturgia de un *Mysterium Participationis*.

Egoencia del Ser:
nota clave gen -ética
en la organización de un
Cuerpo místicosocial de liberación.

A escala social, ni “espiritualismo” ni “materialismo”,
ni “tradicionalismo” ni “progresismo”,
ni “individualismo” ni “colectivismo”.

El camino es otro, de otra naturaleza, con otra geometría.

Por transposición analógica, pasamos de la cadena de transmisión horizontal en genética molecular:

AI → AR → ARNt

a una cadena de transmisión vertical de energía sagrada:

Mysterium Participationis



reversibilidad



renunciamento



egoencia

Restablecimiento de la geometría simbólica de la vida: funciones, oficios y herramientas del hombre venidero.

Dimensión social del *Mysterium Participationis*

El giro de la ética de participación (solidaridad social) a una gen-ética participante (orgánica), ese salto de *interioridad* en el orden de las funciones de la vida, es la clave biogen-ética que anticipa el desarrollo del Cuerpo Social de la humanidad venidera. Algo de esta *Gen-ética* de anticipación presentía el Che Guevara cuando, refiriéndose al trabajo voluntario en la revolución cubana, decía lo siguiente: “Claro que todavía hay aspectos coactivos en el trabajo, aunque sea voluntario. Todavía le falta al hombre la completa recreación espiritual ante su propia obra, sin la presión directa del medio social, pero ligado a él por los nuevos hábitos”, escribió el Che Guevara en una carta a Carlos Quijano.

Sin este “giro” de la ética formal, de raíz filosófica, a una *gen-ética* social, de raíz espiritual, aun los programas sociales más revolucionarios naufragan en sus propias contradicciones internas, y no es nada extraño (ya ha ocurrido en los países socialistas) que el trabajo voluntario termine convertido en “trabajo forzoso”. Lo mismo suele ocurrir con las doctrinas espirituales de participación social: sin el Verbo hecho función orgánica, las doctrinas sociales de las Iglesias quedan reducidas a declaraciones ideológicas sin arraigo real y efectivo en la vida del pueblo.

Sobre la base de estas consideraciones de principio, al tratar aquí del despliegue de la egoencia en sus distintos momentos dinámicos me resisto a utilizar el término “participación” en el sentido habitual que le otorga el diccionario: “Tener una parte en una cosa”, y remito dicho concepto a una raíz más originaria (*Mysterium Participationis*) de donde la propia palabra “participación” surge transfigurada en “participación-participante”, giro de significación que no queda reducido a un cambio semántico de la palabra sino a una nueva *Junción* del hombre en la Obra: co-participación de la conciencia-voluntad humana en la gran obra de creación del mundo.

Coparticipación

que ya no es sólo solidaridad histórica,

ética social,

caridad religiosa

sino función humana de resonancia cósmica:

hasta ahora olvidada en la fisiología del hombre fragmentado.

Participación-participante, en cuanto función humana de resonancia cósmica, no es sólo “dar”, sino “dar-y-recibir”: tu problema es mi problema, tu vida es mi vida, mi luz disipa la oscuridad de tu ignorancia y tu oscuridad alumbra los laberintos de mi entendimiento. El “oficio” deja de ser oficio, ocupación, cargo, profesión, habilidad manual o intelectual, arte, artesanía... y, por participación-participante, queda transfigurado en “oficio sagrado”: función humano-divina de inter-mediación entre los valores supremos del espíritu y los abismos de la materia.

Co-participación:

Ya no sólo del hombre con el hombre (función social),
sino del hombre con los reinos
que están por encima del hombre
y debajo del hombre
(función cosmogónica).

El sacerdote, el maestro de escuela, el guerrero, el juez, el obrero... dejan al borde del camino sus vestiduras y atributos envejecidos por el tiempo para asumir una nueva in-vestidura: gen-ética, tejida de carne y espíritu, in-vestidura orgánica que les da un lugar operativo-simbólico en la gran obra de transfiguración social del Verbo.

Esta transición de las “funciones sociales”, giro del antiguo cuerpo terrestre, a las “funciones cosmogónicas” del naciente *Corpus* místicosocial, ya no se realiza por medio de algún nuevo “contrato social” sino por intermedio de un operador simbólico en la ecuación de onda de reversibilidad de valores:

molécula analógica.

Salto Gen-ético por Reversibilidad de Valores

Herramienta técnica de acceso al camino del Árbol de la Vida: celosamente guardado en el jardín del Edén por un círculo de fuego. “No vaya el hombre a tender su mano al Árbol de la Vida, y comiendo de él, viva para siempre” (Gén. 3:22.24).

La egoencia, en función de reversibilidad de valores, es movimiento intrínseco de la Vida, tránsito del no-ser al ser y del ser al no-ser. Ese movimiento de reversibilidad de valores en el seno mismo de la materia (que es como decir en el centro del corazón del hombre), si alguna vez pudo ser intuitivo en las altas cumbres de la inteligencia fue pronto olvidado, y más aún negado en el desarrollo histórico del pensamiento sistemático: y así construimos un mundo objetivo a imagen y semejanza del hombre.

Hoy, ya lejos del Paraíso,
cuando habiendo recorrido la tierra por el
camino del conocimiento,
por la segunda ley de la termodinámica,
por la irreversibilidad del tiempo,
hemos desembocado en un callejón sin salida:
por pérdida de la imagen del mundo
y vacío existencial...

Cuando el tiempo de la historia nos muestra
la cara oscura de la luz,
volvemos por dentro (por los invisibles caminos del alma)
a preguntar por la fuente de donde brota la savia
del Árbol de la Vida.

Reversibilidad de valores: movimiento intrínseco de la Vida
que escapa a la mirada
de los conquistadores del mundo.

Según Jean Piaget en *Epistemología genética*, la “movilidad reversible es lo que caracteriza el acto de la inteligencia”: tránsito de la percepción sensoriomotriz del

niño de cinco a seis años (irreversible, relación directa con objetos concretos) a la movilidad (reversible) del pensamiento “desapegado” del objeto. Pero a esta reversibilidad de la inteligencia racional hay que poder sostenerla, desde el propio movimiento de irreversibilidad de la vida, para que la vida misma no cristalice en una forma. Aún no hemos sido educados para eso: hemos sido educados para conquistar un bien y poseerlo; dicho de otro modo: hemos sido educados para poseer la vida (ya se trate de valores materiales o espirituales). Conocemos la reversibilidad mecánica de las cosas: inversión de sentido de recorrido del tiempo e inversión de las velocidades en los sistemas mecánicos; y conocemos la irreversibilidad del tiempo en la dinámica de los sistemas fisicoquímicos (Prigogine); pero no conocemos la dimensión reversible de la vida humana en estados de la materia lejos del equilibrio termodinámico de posesión de la vida. La ciencia moderna nos ha hecho conocer el rol fundamental de la “ruptura de simetría” en el proceso evolutivo de los sistemas materiales: “sin ruptura de simetría no hay evolución”; y comenzamos a descubrir las condiciones en que un sistema pasa de un estado a otro: “transiciones de fase” (a cierta temperatura y presión el agua se transforma en vapor o en cristales, y dicho cambio se produce en forma súbita y discontinua). Pero en la vida humana ¿cómo se pasa de la vida que conduce al dolor, la esclavitud y la muerte, a la vida que nos devuelve más vida? Se nos habla del “más allá”, pero nosotros necesitamos la vida ahora, en el “más acá”, *antes* de que el soplo de la vida se transfigure en espectro de la muerte.

¿Cómo se accede hoy, en el mundo de hoy,
a la nueva dimensión de reversibilidad de valores
de la vida humana?

Por dos caminos:
por mística espiritual de renunciamento,
o por experiencia social de despojamiento.

Dicho en términos evangélicos: “Al que tiene se le dará, y al que no tiene aún lo que tiene le será quitado”. Pero para que todo esto no parezca tan esotérico veamos un poco más de cerca lo que ocurre en el escenario social con la reversibilidad de las propias leyes que configuran nuestros sistemas de valores. La conquista más significativa de la segunda mitad del siglo XX no es haber transformado el mundo (propuesta histórica del marxismo), sino haber tomado conciencia de la propia reversibilidad del mundo, de la “reversibilidad natural del mundo” (en palabras de Baudrillard): “No sólo la transgresión, sino la misma destrucción, está fuera de nuestro alcance. Jamás nos equipararemos con un acto de destrucción a la destrucción accidental del mundo. Lo que podemos añadir con la destrucción artificial ya está inscripto en la revolución incesante del mundo, en la trayectoria irónica de las partículas y en las turbulencias caóticas de los sistemas naturales”, escribe Baudrillard en *El crimen perfecto*. Esa “reversibilidad natural del mundo” -que está “fuera de nuestro alcance” (en palabras de Baudrillard)- nos ha tomado por sorpresa: es otro mundo, otra realidad, otro “medio”; ya no es el mundo de la naturaleza que conocimos, ni el mundo técnico que fabricamos (segunda naturaleza), tampoco el “medio interno” (Claude Bernard) ni el medio divino (Teilhard de Chardin); es “otro medio”, en el que vi-

vimos-y-morimos a cada instante, en el que somos-y-dejamos de ser. en el que estamos “inscriptos formando parte de la revolución incesante del mundo”. El discurso oficial de la sociedad informatizada en que vivimos-y-morimos (un poco cada día: enfermedad de autoinmunidad) es hacernos creer que el “medio técnico” simboliza el progreso, el futuro y el desarrollo humano, y que no hay otro medio a la medida del hombre.

El desafío gen-ético para el hombre venidero
es crear el medio humanodivino:
“tercera naturaleza”.

El primer paso es tomar en nuestras propias manos esa reversibilidad del medio social que hoy se nos escapa de las manos. Esta reversión de la fuerza ya no puede ser lograda por la misma voluntad autónoma de poder que nos ha llevado al dominio del mundo sino por una mística del corazón que nos desarraiga de la posesión de los bienes materiales transitorios y nos trae a la signatura de un pacto sagrado con la Vida.

Renunciamiento: palabra de pase que marca el sentido de la Obra

*Vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y
tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme.*

Marcos, 10:21

Es el *consummatum est*: la perfección de la obra, *abnegado* del hombre en aras de una “interlocución” humano-divina. Si no hay respuesta a este llamado (como en la parábola del joven rico del Evangelio) no hay tal *locus* entre dos: la obra del hombre sigue siendo “obra” (con minúscula), por más extraordinaria que sea, al no disponer de la palabra de pase para cruzar las grandes aguas.

No estamos hablando aquí del renunciamento simplemente como doctrina de despojamiento humano: “Vende cuanto tienes y dalo a los pobres”, ni como filosofía de “negación del mundo y de la vida” (cuyo desvío unilateral denuncia Albert Schweitzer con tanta lucidez en su estudio *El pensamiento de la India*): estamos hablando de

vende cuanto tienes...

y sígueme.

Sin este “y luego ven y sígueme”, cualquiera sea el contexto doctrinario, ideológico, histórico, en que se quiera encuadrar este llamado desde la trascendencia, la sola negación de sí, la sola renuncia a los bienes llevaría, en mayor o menor medida, a la negación del mundo y de la vida: no es nada extraño que frente a esta interpretación unilateral del renunciamento Nietzsche haya declarado que “el cristianismo ha tomado partido por todo lo que es débil”.

El Renunciamento, entendido en su sentido espiritual más originario, es la coronación de la Obra: “y tendrás un tesoro en el cielo”; lo que dicho de otra manera: por la acción sacrificial de renunciamento las pequeñas acciones de los hombres se transfiguran en piedras preciosas de la gran Obra.

Pero ¿qué es la Obra? Para muchos la Obra es el partido político, la clase social, la fraternidad universal, la dictadura del proletariado, el mercado global, la conquista del espacio; para unos es la pobreza evangélica: la renuncia a secas.

para otros es la voluntad de poder: transformar las piedras en pan. Para la mística negativa es la acción "sin por qué" (Meister Eckhart); para los padres del desierto es la "oración permanente", como ofrenda de la voluntad humana a la inefable presencia Divina (como dijo el abad Besario al morir: "El monje, al igual que los querubines y serafines, debe velar siempre"). Pero aquí no estamos hablando del guerrero, el místico o el monje, sino de la vida y obra del obrero que se levanta todos los días temprano para ir al trabajo y del trabajador que se queda en su casa porque ha perdido el trabajo y el sentido de la obra: empleados, obreros, madres de familia, niños que van a la escuela... de todos los seres humanos llamados (por el signo del tiempo) a in-corporar en sus propias vidas un "elemento" espiritual indispensable para elevar la vida a una dimensión propiamente humana (porque ya hay señales de degradación del hombre). No se trata de construir una nueva religión del hombre, a imagen y semejanza del hombre, sino de crear el "medio" para que el hombre participe, con sus valores humanos, en la Obra de transfiguración social del Verbo.

¡Crear el medio!

Más allá de la revolución social,
del mercado mundial,
de las ideologías mundialistas,
de las teologías de liberación,

el mensaje que despunta en el horizonte del advenir
es crear el "medio"
para que el hombre pueda desenvolverse
plenamente como "ser humano".

El "nuevo medio", que se interioriza hoy a escala planetaria por convergencia de corrientes espirituales y sociales de anticipación, es la sangre ígnea que inspira y transmite sentido orgánico de la vida al nuevo Cuerpo alterno de resonancia cósmica. Comenzamos a descubrir las señales, el ritmo, las protofunciones de este nuevo "medio interior" que nos llama a desarrollar funciones humanas largamente presentidas pero hasta ahora no actualizadas: lo que hasta ayer nomás llamábamos "gérmenes de futuro en el hombre" y que mañana serán órganos.

Medio interior:

no sólo homeostático,
sino transgénico.

No se trata de otro credo, de otra filosofía para interpretar el mundo, de otra teología para dar nombre a lo divino: se trata de otro Cuerpo para dialogar con el cosmos viviente. Otro Medio: ya no sólo "homeostático", que durante millones de años hizo posible (por su estabilidad dinámica) el desarrollo de la vida humana sobre la tierra ("Procread y multiplicaos, y henchid la tierra", Gén. 1:28), sino "transgénico", para nombrar con esta palabra la in-corporación de un "Gen"

divino a la biología molecular del hombre. La bioingeniería genética (animales y plantas transgénicos) vendría a ser la sombra, el reflejo en las aguas de la vida terrestre, de un acoplamiento más originario, que ya se habría producido en las altas cumbres de la montaña sagrada entre el soplo de fuego del Espíritu (Primo-gen) y la materia desestabilizada del hombre. En esa Gen-ética, en tal frontera entre una humanidad en ascenso evolutivo y una Divinidad en descenso providencial, el *logos* del hombre es interpelado por la palabra-sentido del Verbo, y a dicho nivel la única "palabra de pase" para alcanzar la *resonantia-Verbum* es el "renunciamiento".

A escala gen-ética, es decir a niveles de resonancia donde los valores espirituales del alma se unen a la química de la vida, el renunciamiento sale de los marcos estrechos de las teologías apofáticas y de las éticas de negación del mundo y de la vida para incorporarse al mundo del hombre como ley orgánica del nuevo campo unificado de fuerzas materiales y espirituales de la Vida. Pero enseguida surge una pregunta: ¿qué papel puede jugar en la economía del mundo una fuerza virtual como la renuncia? Quizá la física de partículas nos dé la clave: "El intercambio de una partícula virtual genera una fuerza suficientemente grande como para mantener la cohesión del núcleo atómico".

Como poder esencial de Unión el renunciamiento es una mística, pero si pasamos de la teoría de la renuncia a la experiencia del renunciamiento llegamos a darnos cuenta de que dicho potencial místico se despliega (a los ojos del conocimiento) como una ciencia, una técnica, una moral: y en el orden práctico de la vida como una *gen-ética* social, es decir como una organización de funciones, oficios y herramientas. A los fines de una pedagogía de anticipación y queriendo dibujar de alguna manera los distintos aspectos (transiciones de fase) de la gigantesca obra de transfiguración social del Verbo que hoy vivimos y padecemos sin comprender... y queriendo de alguna manera comprender la dinámica expansiva de este poder de renunciamiento hoy en manos del hombre, diríamos que:

como *mística* dirigimos la mirada al Templo;
como *conocimiento*, a la Escuela:
como *organización*, al Trabajo.

Fin del aislamiento cósmico del hombre

Me aproximo con cautela al desenvolvimiento del sentido de esta "ruptura", casi sería mejor decir a la inteligibilidad de este advenimiento: porque no se trata de anunciar algo que vaya a ocurrir sino de dar palabra inteligible a un acontecimiento originario que quiebra la barrera del tiempo y que ha ocurrido ya. Pero ¿dónde y cómo ha acontecido?

Sólo podemos pensar aquí por analogía:
no por medio de los hechos,
sino por resonancia con
el alma de los hechos.

No por la teoría de la relatividad, el principio de incertidumbre, la bomba atómica, la carrera del espacio, la revolución social, el alumbramiento místico... sino por una apertura más originaria (y por qué no decir *mystérica*) que hace posible que ocurran estas cosas. ¿Podemos hablar de revelación? Yo diría que sí, siempre que diéramos al término la significación de "toque del alma" de la humanidad por un rayo de conciencia cósmica. Y si quisiéramos caracterizar de alguna manera esta ruptura de simetría del mundo material del hombre diríamos que el "toque" profético de la onda de conciencia cósmica produce "alumbramiento/oscuridad" tanto en las altas cumbres del espíritu como en los profundos abismos de la materia. En las altas cumbres los sabios y los santos se encuentran en un abrazo místico por la unidad del conocimiento y la vida: Einstein dialoga con Rabindranath Tagore. Por abajo (*ad inferus*), la unión se realiza de otra manera: por "pacto entre derrotados":

Son millones los que están resistiendo, vos mismo lo podes comprobar cuando ves a esos hombres y mujeres que se levantan a altas horas de la madrugada y salen a buscar un empleo, trabajando en lo que pueden para alimentar a sus hijos y mantener honradamente al hogar, por modesto que sea. ¿Te detuviste a pensar cuántos en todo el país comparten esta hambre por la dignidad y la justicia?... Como "esa madre de Corrientes o del Paraguay", que lagrimeaba de felicidad

junto a sus trillizos que acababan de nacer en un mísero hospital, sin abatirse al pensar que a éstos, como a sus otros hijos, los esperaba el desamparo de una villa miseria, inundada en ese momento por las aguas del Paraná. ¿No será Dios que se manifiesta en esas madres? ¿Por qué tendría que manifestarse sólo en poetas como San Juan de la Cruz o en las sagradas pinturas de Renault?". (Ernesto Sabato, *Antes del fin*)

Al decir "alumbramiento/oscuridad" no me estoy refiriendo a la revelación en el sentido de desocultamiento de la idea (*alétheia*), sino a la rotación de una "fuerza" de RevelaciónRe-velada que ha hecho irrupción (subrepticamente) en el mundo quebrando la simetría de las antiguas formas del conocimiento y la vida. La humanidad termina su ciclo de formas oscilantes al reflejo de la luz en la caverna platónica: la luz que ingresa arranca al hombre de su antiguo suelo y lo expulsa del mundo de sombras de la caverna-refugio: dejándolo expuesto a un campo de conciencia cósmica cuyas leyes de organización no tienen equivalente simbólico en el mundo del antiguo *logos*. Experimentamos un tiempo de "ruptura" al que resulta difícil dar nombre: como aquel prototipo en que Adán aún no había dado nombre a las cosas. Las leyes de Einstein no derivan de las leyes de Newton: "Una esplendente luz se hizo dentro de mí" (es algo completamente nuevo). Y cuando el joven Heisenberg conversa con Einstein en relación al "principio de incertidumbre", el padre de la relatividad no le da crédito; era algo demasiado nuevo: "Dios no juega a los dados". Lo mismo ocurre con la huella magnética que la RevelaciónRe-velada del nuevo eón deja marcada en nuestro (ya antiguo) cerebro físico: es difícil formularla en los términos del antiguo *logos*. No tenemos teoría de la ciencia, filosofía de la historia, teología de la revelación, de donde podamos derivar la egoencia con su reversibilidad de valores: y si utilizamos conceptos tales como "participación" y "renunciamento" acuñados desde hace mucho tiempo en la tradición social y espiritual de la humanidad, tenemos que apresurarnos (como ya lo hemos hecho en más de una oportunidad) a señalar el corrimiento semántico de dichos términos en el contexto vibratorio del nuevo signo del tiempo.

Hoy, como ayer,
la clave de *resonantia-Verbum*
es sostenerse en el vacío sin caer.

Dicho de otro modo: sostenerse no en las ideas sino en el espacio donde se *revelan* las ideas. En este "espacio de la revelación" comenzamos a vislumbrar el advenimiento del orden sagrado del mundo venidero: trans-misión de energía espiritual en un cuerpo orgánico de resonancia cósmica. Orden jerárquico de funciones, oficios y herramientas sostenido por el intercambio reversible de partículas virtuales de muy alta energía. A este nivel de alta energía, donde las fuerzas del cielo y de la tierra alcanzan un *estado* de resonancia humano-divino, los oficios ya no son oficios sino "oficios sagrados": el sentido de la obra ya no se reduce aquí a la fabricación de objetos ni a la transmisión del conocimiento, sino a la trans-misión de una sangre ígnea indispensable para que el hombre alcance la jerarquía de "mediador" (molécula-mensajera) entre los reinos que están

por encima del hombre y las fuerzas elementales que están por debajo del hombre y vienen ascendiendo en busca del hombre. Esta función sagrada de “mediador” ya no queda restringida al ámbito sacerdotal (en cuanto ministerio de orden sagrado) sino que se expande a otros oficios-mensajeros que, por participación-participante, adquieren (cada uno a su medida) la jerarquía de “oficios sagrados”: el maestro de escuela, el magistrado de justicia, el obrero... todos ellos en función de *trans-misión* de un ultraelemento indispensable para sostener la vida a la alta vibración de conciencia cósmica que la propia materia humana ya ha alcanzado al cabo de milenios de peregrinación terrestre.

Ese “ultraelemento” no figura en la tabla de Mendeleiev,
ni puede ser fabricado en los aceleradores atómicos.

Sólo puede ser creado en la cámara secreta del corazón por alianza con el Verbo: *resonantia-Verbum*. Más allá de la mecánica horizontal de la vida (corazón mecánico), comenzamos a pre-sentir el ritmo sagrado de un corazón místico: trans-misión vertical de “ultraelementos” entre las altas cumbres del espíritu y los profundos abismos de la materia. La circulación de esta energía sagrada por los canales invisibles del Cuerpo social restablece el puente (interrumpido durante milenios) entre la fisiología del hombre terrestre y la misteriosa organización de la conciencia cósmica. La tradición hesicasta de los padres del desierto ha preservado, tras el velo de la “oración permanente”, esta fisiología hermética del corazón que hoy intentamos restablecer en nuestro propio cuerpo por función de *resonantia cum Verbum*. Veamos lo que nos dice el Pseudo-Macario en la *Filocalia*:

La gracia graba en el corazón con hilos de luz las leyes del Espíritu. No debemos por lo tanto sacar solamente la seguridad de las Escrituras hechas con tinta, pues la gracia de Dios graba también las leyes del Espíritu y los misterios celestes sobre las tablas del corazón. El corazón en efecto ordena y rige a todo el cuerpo. Una vez que la gracia se ha adueñado de los pastizales del corazón, reina sobre todos los miembros y pensamientos... A través de él la gracia pasa por todos los miembros del cuerpo.

Esta mística del corazón con toque fisiológico fue retomada por los alquimistas a fines del Medioevo como fisiología alquimística de transmutación de elementos y luego olvidada para dar paso a la ciencia moderna (con “olvido del ser”, Heidegger). Y este “olvido del ser” se nos aparece hoy, en términos bíblicos, como “caída”: como interrupción de la cadena gen-ética de transmisión de sentido, como muerte espiritual del hombre, como ruptura del puente entre el camino del conocimiento y el camino de la vida, como muralla de aislamiento cósmico.

La fisión atómica, la liberación de energía, la conquista del espacio, no bastan para quebrar el muro de los lamentos. Hace falta un “ultraelemento” incorporado a la fisiología humana y una cadena de “trans-misión gen-ética” para unir los valores del alma con la química de la vida.

Al cierre del eón cristiano de los Peces,
cuando la Noche del mundo se ha vuelto
 más oscura que lo oscuro,
el aislamiento cósmico del hombre sólo puede quebrarse
en algunos pocos instantes privilegiados:

 ruptura de la forma,
 alumbramiento místico,
 sacrificio de los inocentes.

Es el instante donde el tiempo del fin vuelve sobre sí mismo a la escucha de
otro inicio.

Initium ad inferus

Es otro inicio: ya no es en el Jordán, ni siquiera en el desierto, sino en el mundo subterráneo. El hombre, la humanidad, luchan aquí con fuerzas de naturaleza desconocida; es la segunda iniciación: ya no por alumbramiento del alma sino por encendido de la materia.

Hemos cruzado una barrera peligrosa:
no luchan aquí sólo los hombres,
también los dioses
y los demonios.

Al final de un gran ciclo cosmogónico -histórico nos enfrentamos hoy a una guerra subterránea cuya naturaleza escapa a nuestro marco intelectual para interpretar la historia: se trata de una enigmática lucha de poderes (con rostro y sin rostro) en la frontera que separa -y-reúne dos dimensiones hasta ahora irreconciliables del mundo. Es como si todo lo que hemos expulsado de la lógica de la vida para construir un mundo en expansión se nos viniera de golpe encima por inversión de sentido en una galaxia humana en implosión. De golpe, sin darnos tiempo para construir una filosofía de la historia, la propia historia desteste los sistemas de interpretación del mundo tejidos con tanto esmero por los filósofos de la historia. Ya no tenemos más tiempo: no sólo "los dioses que han huido, tuvieron sus tiempos" (como dice Hölderlin), sino también el hombre, lanzado velozmente a la conquista del tiempo, se ha quedado sin tiempo para celebrar la vida.

El hombre se ha vuelto extraño para el hombre;
los templos, vacíos;
las instituciones, sin alma
; el cuerpo, sin inmunidad
.

Luchamos con lo "extraño", con lo que un día era nuestro; con el extraño que un día era nuestro hermano; con el templo vacío que un día hicieramos tabernáculo del Dios viviente; con las instituciones sin alma que un día fueron nues-

tra Alma Mater: luchamos con un cuerpo que un día fuera morada del Espíritu y que hoy se vuelve contra nosotros: cuando nuestro antiguo sistema inmunológico trata a los propios tejidos como si fueran proteínas extrañas (enfermedades de auto inmunidad).

Pero ¿qué es, de dónde procede, cómo se forma,
ese elemento “extraño”
que hoy se infiltra en el Cuerpo de la humanidad
contaminando las aguas de la vida?

Son “residuos” (de gran poder) arrojados al inconsciente colectivo durante eones y que hoy se vuelven contra la sociedad organizada, por implosión de masa, por reversión del signo del tiempo: residuos magnéticos del antiguo Cuerpo que hoy nos salen al paso, como barrera tenebrosa, justo cuando el tiempo es llegado para *iniciar* nuestro viaje a las estrellas. Y somos traídos de nuevo a la Tierra (ahora con mayúscula), a la entraña de la Tierra, para asimilar (por transmutación de elementos) la esencia etérea de las fuerzas de la Tierra: y ascender con el ultraelemento a dimensiones etéreas de la vida hasta ahora inaccesibles a los cuatro elementos constitutivos de la materia del hombre terrestre.

De las iniciaciones del alma
pasamos a la iniciación de la materia.

Aquí, *ad inferus*, las leyes son otras: la confrontación ya no es sólo con el ángel del Señor y el jinete de la muerte, sino con el poder sin rostro de lo demoníaco. Muchos crímenes aberrantes, en nuestro tiempo, ya no son crímenes: son violaciones de la materia humana, profanaciones del templo sagrado de la vida. Quizá el mayor desafío para la nascente civilización cósmica sea “identificar” esa ultraquímica demoníaca que se infiltra (degradando) en los recintos hasta ayer inviolables de la organización atómica de la vida terrestre. Thomas Berry, con genial intuición, ya había advertido sobre este peligro: “Uno de los aspectos más importantes de cualquier proceso espiritual es la identificación de las fuerzas demoníacas que operan en la cultura existente, en el momento histórico, en el orden social, o en la vida individual de cada uno. Porque esta confrontación con lo demoníaco es la base indispensable para el triunfo heroico y espiritual que se supone es la única solución para la situación humana” (citado por Valerio Ortolani en *Personalidad ecológica*).

A partir de 1945, con la primera explosión atómica de la materia terrestre y la posterior fisura del sistema inmunológico humano esta “confrontación con lo demoníaco” ha adquirido jerarquía de guerra secreta *ad inferus*: en que un “extraño” poder de destrucción, bajo diferentes máscaras (terroríficas o seductoras), va minando, desintegrando, disolviendo (por energía inversa) los castillos de piedra edificadas por el hombre.

Aún no tenemos una ciencia.
una política.
una técnica...
una estrategia inteligente

que nos permita transformar la energía negativa
del reino de Plutón
en el in-pulso liberador de la Serpiente Emplumada.

El lenguaje vuelve a quedar aquí insuficiente: sobran las palabras; porque no se trata de ciencia, política, técnica, estrategia que esté en manos del hombre (en su sola voluntad de poder) sino que el hombre mismo es elegido (por las inscrutables fuerzas del Destino) como víctima propiciatoria (prot-agonista) en el contexto de una liturgia sacrificial en el templo cósmico de las grandes transfiguraciones de la vida.

Egoencia

Pero no hubo ni hay uno: cada uno es un todo.

Pero no hay todo: siempre falta uno.

Octavio Paz, El mono gramático

¿Qué es egoencia?

Es beber el agua que brota de la fuente...

Y decir, por la inteligencia, lo que brota de la sabiduría del corazón.

Egoencia es abandonar la creencia de que uno es "uno mismo", y nada más. No, "cada uno es un todo". Pero tampoco me disuelvo en el todo, porque no hay un todo, siempre "falta uno": *yo-mismo*.

Egoencia no es un concepto: es una *función*;

y es método;

y es testimonio.

Egoencia-función

Función-naciente. En lo que va del siglo, por diferentes caminos y con distintas palabras se ha intentado caracterizar (y dar nombre) al *estado* que emerge de la ruptura de simetría del antiguo modo de “estar-en-el-mundo”. Pero ese *estado* se resiste a ser nombrado con las formas metafisicoteológicas del lenguaje acuñadas en la tradición histórica de la humanidad (incluida la palabra “egoencia”, que marca el comienzo y el fin de este escrito). No es cuestión de filosofía de la palabra sino de geometría del camino.

Existen hombres decididos a no contentarse con la realidad. Aspiran tales a que las cosas lleven un rumbo distinto: se niegan a repetir los gestos que la costumbre, la tradición, en una palabra, los instintos biológicos les fuerzan a hacer. A estos hombres llamamos héroes. Porque ser héroe consiste en ser uno, uno mismo. (Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*]

Pero este “negarse a repetir” los mandatos de las costumbres, la tradición, los instintos biológicos, para “volverse” a uno mismo y convertirse en “héroe” a los ojos de los demás, lleva consigo una faz “catastrófica” para sí-mismo. Este *vira-je* de los caminos conocidos para volver la mirada al suelo natal donde arde el fuego del hogar convierte al hombre en un “extraño” en el mundo de hoy (*Hölderlin's Hymnen*): un “estar fuera” y “aparte”. Pero ¿cómo sostenerse en una “casa sin sostén”?

Carl G. Jung, en su desarrollo de las funciones del inconsciente, destaca el “proceso de individuación” como “una larga e ininterrumpida serie de mutaciones, cuya meta es alcanzar el punto central de la personalidad”. Este “centro” ya no coincide con el “yo”, según Jung, sino que se revela como “función trascendente” de relación entre el consciente y el inconsciente. Dice Jung: “Este punto central lo he llamado el *sí-mismo*, para expresar con este término una esencia no reconocible, a la que nosotros no podemos comprender como tal. pues sale de los límites de nuestra capacidad comprensiva...”. Igualmente se la podría llamar “el Dios en nosotros”. Si bien Jung se esfuerza por describir al “sí-mismo” en términos psicológicos, se cuida de no reducir la “función central” a un

concepto psicológico y prefiere abordarlo desde la visión más amplia de los llamados “procesos de iniciación”. Citando sus propias palabras en *El yo y el inconsciente*: “Creo que la comprobación psicológica llega con esto a su fin extremo pues la idea de un «sí-mismo» ya es en sí mismo un postulado trascendente que, si bien puede justificarse psicológicamente, no se puede demostrar de un modo científico”.

Jung, Heidegger, Holderlin, Ortega y Gasset, Charles Reich, Jean Gebser..., todos ellos, a su modo, con lenguajes diferentes, han detectado una función naciente en el hombre: que viene a conciliar los opuestos del antiguo *logos* racional. Si bien dicha función “central”, “trascendente”, puede describirse, en sus estadios iniciales, como función eidética (nuevo “estado de conciencia”), todo nos hace pensar que su raíz es gen-ética: y que lo que hoy es función mañana será órgano.

Egoencia no es sólo “idea”, sino *función orgánica*:
no sólo “fundamento metafísico”, sino *centro energético*:
no sólo “modo de ser”, sino *divisa que reúne*
en un mismo núcleo simbólico
de sentido los valores del alma
y la química de la vida.

Más que una filosofía de la ciencia, una ultrafisiología del hombre. No se trata de elaborar una teoría para explicar esta función naciente, sino de ponernos a la escucha de lo que nos quiere. Decir el soplo del espíritu que irrumpe en los circuitos electroquímicos de nuestro corazón.

Egoencia: más que “principio de individuación” (demasiado metafísico), es “canto” de *gesta* (si se me permite esta licencia poética). Una *gesta*, en el doble sentido de la palabra, porque si por un lado es irrupción mística del espíritu en la materia del hombre, por el otro es voluntad heroica del hombre para abrir nuevos surcos en los caminos del mundo. “Canto” de *gesta*: grito de un recién nacido.

El recién nacido, portador de un nuevo código gen-ético,
tendrá que medirse (para ser *sí-mismo*)
con las fuerzas del inconsciente colectivo de su propia alma
y con el poder colectivo de las instituciones que han perdido
el alma.

¿Cómo se prefigura esta nueva *función orgánica* que viene a tomar el comando del antiguo *logos*?

Entramos en el terreno
aún muy poco explorado
de una biología co-evolutiva.

Primeros acordes de una ultrafisiología humana de anticipación: se trata de la demolición de órganos en la gran obra de transfiguración de la vida. ¿No habíamos oído ya algo de esto a la vista de las hermosas construcciones del tem-

pío?: "De todo esto que veis, vendrán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea demolida" (Luc. 21:5,6)? Hoy estamos asistiendo al derrumbe del templo del espíritu del hombre, su propio cuerpo físico, derrumbe cuya primera señal de alarma son las enfermedades autoinmunes. Pero desde el seno mismo de la catástrofe involutiva comenzamos a oír el ritmo, el pulso, el latido de un nuevo cuerpo en fase de transfiguración. Algunas de estas señales del "cuerpo de fuego" habían advertido ya con suficiente anticipación los místicos hesicastas (un Nicéforo, un Evagro del Ponto, un Gregorio el Sinaíta) cuando enseñaban a sus discípulos a "interiorizar el soplo de la respiración en la cámara secreta del corazón".

Al cabo de una larga errancia del pensamiento por los caminos del tiempo y la historia, habiendo construido un hermoso templo sin espíritu que lo habite, el propio pensamiento del hombre *retoma* sobre sí mismo en busca del Hogar: ese centro cordial y misterioso que la tradición espiritual de todos los pueblos de la tierra reconoce como lugar sagrado donde surge la verdad de la palabra.

La in-flexión de la inteligencia

en la sangre del corazón

con-figura el circuito neuromístico
de los hombres y mujeres que vienen.

Dicho en lenguaje más técnico, la clave teórica de la ultrafisiología naciente es

reversibilidad de valores.

Egoencia-método

Desde la *theoria*, egoencia es función-naciente (alumbramiento originario): todo intento de “explicarla” en términos del lenguaje conocido (psicológico, metafísico, teológico) termina no explicando nada. Es otro *estado*, otro *ritmo*, otro *medio* de comunicación: por interpenetración de estados, por resonancia de similitud. Este ritmo es el que abre al caminante el camino a seguir:

La *theoria* de la función
se resuelve en *methodo* de vida.

Se hace visible la geometría del camino: es “otro” el discurso del método.

Los viejos métodos van quedando como reliquias históricas al borde del camino del conocimiento. En el terreno de la investigación científica ya comienzan a despuntar algunas señales precursoras de un nuevo método. “Hay que hacerse a la idea de que los fenómenos de lo muy pequeño y de lo muy grande no proporcionan ya imágenes visualizables, y hay que aprender a arreglárnoslas allí sin visualizar las cosas... Un cambio tan radical en el sistema de conceptos de la ciencia -pasar de las partículas fundamentales (visualizables) a las simetrías fundamentales (no visualizables)- no es aceptado tan fácilmente...: la física de partículas nos informa realmente acerca de estructuras fundamentales de la naturaleza, no acerca de partículas fundamentales. Estas estructuras son mucho más abstractas de lo que creíamos hace cincuenta años, pero son comprensibles; no es culpa mía si ese meollo, lejos de ser de índole material, tenga más que ver con las ideas que con su imagen material”, afirma Heisenberg en *Encuentros y conversaciones con Einstein y otros ensayos*.

¿Con qué herramienta metodológica podremos acceder a esas “estructuras fundamentales de la naturaleza” que intuimos como protoformas *gen-éticas* del camino del conocimiento y la vida?

La clave de poder del nuevo método
ya no es sólo la herramienta en manos del hombre,
sino el hombre mismo como herramienta
en el camino de la vida.

Irrumpe hoy en los caminos de la historia una nueva estirpe de investigadores, no sólo en las altas cumbres de la ciencia, el arte, la metafísica, sino en los caminos de la vida cotidiana: donde, a cada paso, el hombre se encuentra con su propia sombra. Los prot-agonistas de la nueva historia no vienen solamente con una nueva teoría de la ciencia o una nueva filosofía de la historia sino que ellos mismos son el instrumento de investigación en el camino-viviente que recorren. Y si tuviéramos que traducir en pocas palabras el código vibratorio de este nuevo método diríamos:

resonancia por similitud
con los fenómenos que investigan.

Revolución del método: el antiguo camino en línea recta "vuelve" sobre sí mismo -mo a la raíz esencial que determina los actos, y tiende el puente (quebrado por la mente racional) entre el conocimiento y la vida. De la dialéctica de los opuestos pasamos a la reversibilidad de valores; no estamos hablando aquí de una "toma" metafísica (*Die Kehre*, en términos de Heidegger) sino de una toma Genética, donde el antiguo camino de la razón se revierte en un nuevo sentido del esfuerzo.

Esta revolución del método por reversibilidad de valores no resulta accesible a simple vista, porque en nuestra ya larga errancia por los caminos de la tierra las huellas de los antiguos métodos ocultan las resonancias de los nuevos hombres. En nuestro tiempo de "violencia universal" hemos desembocado en una paradoja del método: porque el mismo método científico/técnico/metafísico que nos lleva al dominio del mundo nos deja sin hogar en el camino del hombre. En contraposición a este método de dominio del mundo y posesión de la vida la tradición espiritual de la humanidad ha dejado profunda huella en el camino de negación del mundo y de la vida. Como hemos dicho en más de una oportunidad, la doctrina del renunciamiento interpretada unilateralmente también puede llevarnos a un callejón sin salida. La renuncia a secas, sin el "amor a la libertad" que mueve al renunciamiento, sólo con el 'vende cuanto tienes y dalo a los pobres' sin el "sígueme" del Evangelio, esa renuncia puede conducirnos a vacíos del alma sin enraizamiento en la vida. Pietro Ubaldi, al referirse en *La grande síntesis* al renunciamiento como fuerza evolutiva del amor, advierte sobre el peligro de mutilación de la vida: "Si se impone al ser humano una muerte al nivel de la animalidad, se deberá ofrecerle, en cambio, un renunciamiento al nivel de la espiritualidad. Las pasiones constituyen grandes fuerzas a las que no se destruye, sino que se las utiliza y eleva... No impongáis la virtud al prójimo como medio de opresión, para que poniéndose en estado de renuncia os proporcione vuestro dominio y ventaja en la lucha por la vida". Pero, entonces, si los antiguos caminos pueden llevarnos a un camino sin retorno, ¿cómo se dibuja este "nuevo sentido del esfuerzo" en lo que llamamos "revolución del método" y que de una u otra manera intuimos como "retorno" a la fuente del amor, el conocimiento y la vida? Se quiebran aquí los antiguos moldes, y comenzamos a oír un nuevo A corde humano en la gran sinfonía del universo:

resonantia- Verbum.

Algo de esto ya está ocurriendo en nuestro mundo técnico en lo que McLuhan llama “hibridación de medios”. Pero más allá de los medios técnicos, en la interioridad del organismo humano a escala planetaria comenzamos a “oír” una hibridación de medios de otra naturaleza: convergencia de las grandes corrientes espirituales y sociales que configuran la estructura dinámica del nuevo Cuerpo. Dicho de otro modo: de esta «hibridación de medios» no surge una nueva doctrina política o espiritual, sino un nuevo *medio* (matriz gen-ética) que opera como símbolo orgánico de funciones humanas de resonancia cósmica. Ya no estamos del todo sobre la tierra, hemos alcanzado una nueva dimensión; más allá del medio técnico (extensión de los sentidos) y más allá de los arquetipos del inconsciente colectivo ingresamos en un terreno totalmente desconocido: en el hiperspacio de los símbolos de transfiguración.

¿Pero adonde ir a buscar
esos símbolos de transfiguración?
Adonde antes estaba la Naturaleza.

El primer símbolo de transfiguración, que funda desde lo sagrado el nuevo camino del hombre (egoencia-método), es un antiguo símbolo cuyo poder numinoso hemos perdido en aras de nuestra voluntad de dominio: la función *trabajo*.

El nuevo método-vínculo
coloca al hombre
en un nuevo lugar en el mundo.

Nuevo sentido del *trabajo* -ya no sólo voluntad de transformar el mundo sino conciencia de transformarse-, esta función-trabajo, rescatada de sus formas de alienación, otorga al hombre una misión cosmogónica, rol que en las antiguas teogonias estaba reservado a los dioses (recordar *Los trabajos y los días* de Hesíodo). El in-pulso de esta mística del trabajo acoplado al poder esencial de la técnica moderna otorgará al hombre venidero una nueva herramienta teúrgica en la ya larga marcha de los peregrinos de la tierra en busca de la preciada liberación.

Liberada la energía atómica,
se impone como mandato histórico de la hora
liberar la energía humana.

Liberar el magnetismo humano, la propia “materia prima” del hombre atrapada en un fuerte campo magnético de posesión de los bienes transitorios de la vida, liberar dicho potencial de esclavitud del corazón en *energía libre* de participación del hombre en la gran obra de transfiguración social del Verbo.

Egoencia-testimonio

*Tenemos el deber de presentir lo nuevo,
tengamos también el valor de afirmarlo.*

José Ortega y Gasset, *El Espectador*

Es hora de *testimonio*:

por presencia espiritual,
por participación social,
por silencio sacrificial.

¿Cuál es la misión de esta vanguardia testimonial (portadora de sentido orgánico) que viene a instalarse demasiado en los torbellinos atómicos desestabilizados del antiguo reino? Podemos responder con una sola palabra:

trans-misión.

Se trata del “código inicial” que anima (otorgando sentido) a las protoformas de vida que comienzan ya a ensamblarse en la arquitectura orgánica de un nuevo Cuerpo. Las “protoformas” abren el camino a la nueva historia. Pero ¿cómo reconocer la nota vibratoria del nuevo signo del tiempo?

No estamos en la época de Juan el Bautista: “Yo soy la voz que clama en el desierto” (Jn. 1:23). Tampoco estamos en el tiempo de San Agustín y Santo Tomás cuando el soplo inicial del cristianismo naciente sólo tenía a mano la filosofía griega para hacerse una vestidura que lo hiciera accesible a la inteligencia racional del hombre. Hoy el rostro del Señor que adviene se nos “aparece/oculto” tras los símbolos de poder acuñados por la ciencia y la técnica: la voluntad de dominio de los señores de la tierra “vela” el resplandor de la luz que ingresa. Ingresamos a un tiempo de *metafluctuación* de la vida.

Comenzamos a tomar conciencia ya no solamente de la evolución de las formas sino de la “evolución de la evolución” de los principios generativos de las formas: de ahí que la propia “forma” de la revelación cambia de signo. La visión escatológica se transfiere hoy del espacio cosmogónico al tiempo histórico. No

sólo "hubo una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón" (Rev. 12:7), sino que "hay" una guerra arquetípica sobre la tierra: la fuerza inicial de *génesis* se "curva" sobre el campo gravitacional del tiempo *apocalíptico*. El doctor en Filosofía Jorge L. García Venturini, en su artículo "El tiempo apocalíptico", saca el tema del "Apocalipsis" del marco teológico interpretativo sobre el "fin de los tiempos" para remitirlo al sentir de nuestro actual tiempo histórico, es decir al hecho de estarse viviendo ya un tiempo apocalíptico: "Hoy es la historia misma, a nivel exclusivamente humano y observacional, la que muestra los signos apocalípticos".

Dicho de otro modo, y con mis propios términos, las "señales A-nunciadoras" de nuestro tiempo no anuncian lo que va a venir sino lo que "ya ha venido"; y lo que ya ha venido es el "fin" de las instituciones que han perdido el fuego del espíritu y el "fin" del cuerpo que ha perdido las funciones sagradas del alma. Ya se trate de virus asesinos, violencia social o violencia de los elementos de la naturaleza, la conciencia naciente (pro-fética) se encuentra frente a frente con las fauces devoradoras del dragón apocalíptico, que es como decir con el poder secreto de los antiguos señores de la tierra.

La guerra de liberación espiritual,
reducida hasta ayer al espacio interior del hombre,
se da hoy en el escenario
de una *metafluctuación* histórica.

Esta metafluctuación del tiempo histórico hace que la "egoencia" en cuanto metafunción, es decir en cuanto nueva identidad del hombre en el mundo, no pueda ser comprendida en términos de singularidad psicológica o metafísica sino vivida socialmente en carne propia: en combate singular de vida y muerte por más vida. Y por un nuevo nombre: "No te llamarás ya en adelante Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres y has vencido" (Gén . 32:28).

Egoencia:
en función de
combate singular.

En el tiempo de hoy, el combate singular no es al modo de Aquiles, Héctor y demás guerreros prototípicos de la guerra de Troya (en que los héroes comba - tían al lado de sus dioses amigos, ni el combate singular de Don Quijote con sus molinos de viento -con el solo esfuerzo de su brazo y el recuerdo de su dama ins- piradora-). Hoy combatimos sin dioses y sin dama, pero tampoco estamos com- pletamente solos: nuestra comprensión es otra, nuestra singularidad es de otra naturaleza. De una u otra manera, con desigual medida, hemos tomado concien - cia de que la misma *Luz* que alumbrá las rutas del mundo técnico se manifiesta como *sombra* en el camino interior del hombre. Esta confrontación de fuerzas asume hoy el carácter de violencia universal: violencia que hoy vivimos sin comprender en el seno de nuestro propio pueblo, nuestra propia Iglesia, nuestras propias instituciones sociales, nuestro propio cuerpo ... y aun en la entraña de nuestra propia Tierra.

Quizá esta confrontación arquetípica de fuerzas solares y lunares, de “iniciación” y “contra-iniciación” haya existido siempre en los enigmáticos laberintos del tiempo histórico, pero la actitud del hombre de hoy frente a este dilema metafísico de “luz” y “oscuridad” es diferente:

la nueva conciencia
ya no pretende resolver la paradoja
de este “alumbramiento que se oculta”:
ni por la teoría de la ciencia,
ni por la metafísica de la metafísica,
ni por la teología de la revelación...

sino que se dispone a resolverla
negándose a resolverla.

Principio de “negación” que, asumido históricamente por el discurso dialéctico, jugó un importante papel en la fase de transformación del mundo moderno, pero que el hombre de hoy comienza a incorporar (en su propia fisiología) como “reversión del sentido del esfuerzo”; la otra mitad de la fórmula en la gran obra de transfiguración social del Verbo. En esta fase de la “gran historia” (en términos de Rodolfo Kusch) el hombre descubre su nuevo lugar en el mundo asumiéndose a sí mismo como prot-agonista de un drama cosmogónico que trasciende su actual condición de hombre:

Prot-agonista
que asciende por expansión de
conciencia y desciende por encarnación
sacrificial.

Forma de conciencia -voluntad cuyo modo propio de manifestación es el testimonio simple. Tal “egoencia-testimonio” no puede reducirse al estrecho marco antropológico de un pensar lógico-metafísico ni a las interpretaciones filosófico-teológicas de los dioses conocidos. Tropezamos aquí, una vez más, con una frontera del lenguaje difícil de cruzar.

Estamos tratando de caracterizar el testimonio -prototipo que funda la historia de la era por venir. El hombre se encuentra hoy frente a un desafío radical, que ya no procede sólo de la voluntad del hombre sino de poderes que están más allá del hombre: desafío a responder por su propia condición de hombre. Esta respuesta-tipo, el testimonio que da testimonio de sí-mismo, es el principio gen-ético que reúne la historia sagrada con el camino del hombre y se constituye en señal anunciadora para todo un pueblo, una raza, una cultura.

¿Cuáles son estos “poderes más allá del hombre” que desafían al hombre a responder por su condición de hombre? Son poderes con rostro o sin rostro. ¿Y a qué vienen? Vienen a probar al hombre. Dios prueba a Abraham cuando le pide en sacrificio a su hijo Isaac (Gén. 22:1,12). El ángel, bajo forma humana, lucha con Jacob, y Jacob da testimonio de su propia identidad: “He visto a Dios cara a cara y ha quedado a salvo mi vida” (Gén. 32:30). ¿Y el propio Jesús no fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por Satanás (Mt. 4:1)? Y Jesús da testimonio de Sí-mismo negándose a adorar al príncipe de este mun-

do. Se trata de momentos y gestos críticos, cruciales, paradigmáticos, encrucijadas del tiempo donde la Voz de la historia sagrada resuena en el camino interior del hombre. Uno de estos momentos-mystéricos es el que estamos viviendo hoy, a escala de la sociedad planetizada. en la frontera entre dos mundos: donde el dios Desconocido (a veces bajo vestidura de hombre) viene a preguntar por el hombre. ¿Cómo se dibuja esta respuesta del hombre en la era técnica del poder por el dominio del mundo?

Testimonio simple:
responder simplemente como hombre.

Cuando el Che pone fin a su acción revolucionaria en Cuba y traslada la lucha a la selva boliviana, no sólo el escenario de la guerra es otro: la naturaleza de la guerra es “otra”: no sólo combate contra el poder político, sino que lucha con los elementos: y da testimonio, en la vida y en la muerte. Su testimonio esencial trasciende el marco de las revoluciones políticas: ante la furia de los “elementos” responde simplemente como hombre. Muchos siglos atrás, en otro gran desafío del poder imperial de la tierra, el rey Nabucodonosor, según el relato del Libro de Daniel, “Hizo una estatua de oro, alta de sesenta codos y seis codos de ancha... y mandó el rey reunir a todos los sátrapas, prefectos, bajáes, oidores, tesoreros, magistrados, jueces y a todos los gobernadores de las provincias para que viniesen a la dedicación de la estatua que había alzado el rey... Un pregonero clamaba en voz alta: Ved lo que se os ordena, pueblos, naciones y hombres de toda lengua. En cuanto oigáis el sonido de las trompetas, las cítaras, las arpas, los salterios, las gaitas y toda suerte de instrumentos, adorad, postrados, la estatua de oro que ha alzado el rey Nabucodonosor” (Dan. 3:1,5). No todos se prosternaron y adoraron, alguien dijo *no*: tres jóvenes hebreos se niegan a adorar y son arrojados a un horno ardiente... pero no mueren “porque el ángel del Señor había descendido al horno y apartaba del horno las llamas del fuego”. Y surge una pregunta: ¿mito bíblico, o símbolo de transfiguración? Tampoco el Che de Vallegrande muere, ni mueren los millones de mártires que todos los días dicen *no* a la voluntad de poder de los Nabucodonosores del mundo moderno.

Testimonio-liberador:
no responden con la voluntad de poder
del superhombre,
ni con el poder colectivo de las grandes
organizaciones de masa;
responden simplemente como hombres.

Pero ¿dónde sacan la fuerza para combatir con los leones? Es que en el momento de máximo peligro “el ángel del Señor suele descender al horno ardiente”.

Hoy el hombre.
como prot-agonista de la nueva historia,
ha sido llevado al desierto del alma
para ser interrogado por el Señor...

aunque no siempre tengamos conciencia de que se trata realmente de una misteriosa Presencia que pregunta por el hombre. Hemos sido llevados al umbral de un nuevo misterio (*Mysterium*): iniciación espiritual de la humanidad, quizá porque ha llegado el momento de alcanzar una jerarquía más elevada en el orden de funciones del Arbol de la Vida. Rito de iniciación que reproduce las tres preguntas fundamentales que escuchamos en el Evangelio como “tentación en el desierto”:

La pregunta por el "pan": “Di a estas piedras que se conviertan en pan”
La pregunta por la “libertad interior”: “Todo esto te daré si me adoras.”
La pregunta por el "poder": “Si eres hijo de Dios tírate de aquí abajo.”

Tres grandes temas, tres grandes principios espirituales, tres grandes funciones de la vida que incorporadas en la fisiología orgánica del hombre venidero con ayuda de la ciencia y la técnica preparan las condiciones iniciales para una nueva epifanía del Espíritu: transfiguración social del Verbo.

La pregunta por el “pan” se resuelve en mística de trabajo, economía providencial, renuncia al credo de posesión.

La pregunta por la “libertad interior” se resuelve por reversibilidad de valores, por vuelta sobre sí, por custodia del recinto sagrado del corazón.

La pregunta por “el poder” se resuelve por la armonía de los valores divinos y humanos, por la gravedad -y- la gracia, por la correspondencia entre el esfuerzo humano y la gracia divina.

Ya no lucharemos sólo por el salario, por un pedazo de pan o un pedazo de tierra: lucharemos por un lugar, una función, un sentido en la gran obra de transfiguración social del Verbo.

Buenos Aires, Pascua de Resurrección, 1999

Bibliografía citada

- BAUDRILLARD, Jean, *El Crimen Perfecto*, Barcelona, Anagrama, 1996.
- CASTANEDA, Carlos, *Journey to Ixtland*, New York, Simon and Schuster , 1972.
- HEISENBERG, Werner, *Encuentros y Conversaciones con Einstein y otros ensayos*, Madrid, Alianza, 1985.
- I Ching*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978.
- MUNÓZ SOLER, Ramón P., “*La Egoencia del Ser*”, Cuadernos de Cultura Espiritual, 2, Buenos Aires, ADCEA, 1969.
- *El Camino de la Egoencia: de la angustia existencial a la mística del corazón*, Buenos Aires, Arayú, 1969.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Revista de Occidente, 1966.
- PAZ, Octavio, PAZ, Octavio, *El Mono Gramático*, Buenos Aires, Seix Barral , 1995.
- SÁBATO, Ernesto, *Antes del Fin*, Buenos Aires, Seix Barral, 1998.
- WEIL, Simone, *A Gravidade e a Graça*, São Paulo, ECE, 1986.